

# “TOCAR PARA CREER”.

## LA ARQUEOLOGÍA EN LA ARGENTINA, 1910-1940



IRINA PODGORNYY

ACERVO HISTÓRICO DEL MUSEO DE LA PLATA/CONICET

SEMINARIO DE ESTÉTICA/UNIVERSIDAD HUMBOLDT/FUNDACIÓN A. VON HUMBOLDT

**RESUMEN:** EN ESTE TRABAJO SE ANALIZAN ALGUNOS EPISODIOS Y PROBLEMAS DE LA HISTORIA DE LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA EN LA ARGENTINA, EN UN PERÍODO QUE SE INICIA CON LA CELEBRACIÓN DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS EN BUENOS AIRES Y SE FINALIZA CON LA PUBLICACIÓN DE LA *HISTORIA DE LA NACIÓN ARGENTINA* Y LOS PRIMEROS AÑOS DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA. EN ESTE INTERVALO, LA CRONOLOGÍA Y LOS CRITERIOS DE CLASIFICACIÓN DE LOS HALLAZGOS, LOS MÉTODOS NECESARIOS PARA ESTABLECER UNA DISCIPLINA CIENTÍFICA Y LA POSIBILIDAD DE INCLUIR EN LA HISTORIA A LOS SUPERVIVIENTES DE LOS ENFRENTAMIENTOS RECIENTES, SE DISCUTIERON LOCAL E INTERNACIONALMENTE. AL MISMO TIEMPO, LA SISTEMATIZACIÓN DEL TRABAJO DE CAMPO SE LIGA A LA CONSTITUCIÓN DE LA AUTORIDAD DEL CIENTÍFICO, COMO EL ÚNICO CAPAZ DE CERTIFICAR LA AUTENTICIDAD DE LOS HALLAZGOS. EL APOYO ESTATAL A LA CREACIÓN DE MUSEOS, CÁTERAS O INSTITUTOS RESPONDIÓ MÁS A LOS REQUERIMIENTOS Y ALIANZAS CIRCUNSTANCIALES ENTRE PARTICULARES, QUE A UNA ARTICULACIÓN ORGÁNICA ENTRE “EL SABER CIENTÍFICO” Y LA ADMINISTRACIÓN DEL ESTADO. EN LA DÉCADA DE 1930 LA PROMOCIÓN Y LA CONSOLIDACIÓN DE LA ARQUEOLOGÍA SON SUBSIDIARIOS DE LA ESFERA ESTATAL, ADQUIRIENDO UN IMPORTANTE LUGAR EN LA INDUSTRIA DEL TURISMO, EN EL MUNDO EDITORIAL Y EN LA PROMOCIÓN DE LAS RIQUEZAS REGIONALES, LIGADOS AL CONSUMO DE BIENES SIMBÓLICOS POR PARTE DE DISTINTOS SECTORES DE LA CLASE MEDIA.

**PALABRAS CLAVE:** Institucionalización de la Arqueología, Siglo XX, Argentina, Trabajo de Campo, Museos y universidad, Clasificación y cronología- Falsificaciones- Controversias científicas- Relación Ciencia-Estado- Congreso de Americanistas.

**ABSTRACT:** This paper presents some episodes of the history of the institutionalization of archaeology in Argentina (1910-1940). The subjects discussed in this paper include some of the most relevant scientific issues of those years: chronology, the ordering and classification of archaeological collections, methods of recording and exca-

vation, and the policy of archaeology and anthropology in the Americanists' field. It is argued here that the establishment of museums and university positions cannot be described as an organic plan connected with the consolidation of the national state; rather, it depended on private goals and alliances. The consolidation of archaeology in the 1930s is connected with the development of Argentinean publishing and middle class tourism.

**KEYWORDS:** Archaeology, 20th Century, Argentina, Fieldwork, Museums and University, Classification and Chronology, Forgeries, Scientific controversies, Congress of Americanists.

## I INTRODUCCIÓN

En 1934 Ricardo Levene (1885-1959), Presidente de la Junta de Historia y Numismática Americana, proponía llevar adelante la publicación de una monumental obra definida como una “sistematización del saber histórico y filosofía de la historia argentina”. El plan para la *Historia de la Nación Argentina*, doce volúmenes a escribir con el concurso de innumerables especialistas, logró un subsidio del Congreso de la Nación otorgado mediante el acuerdo de todas las bancadas allí representadas. El primer volumen se presentaría en 1936: consagrado al hombre prehistórico y a los aborígenes prehispánicos e históricos, fue recibido favorablemente por los principales diarios del país. La *Historia de la Nación Argentina* continuaba una de las tradiciones de la enseñanza de la historia establecida desde los inicios del Siglo XX, donde “los aborígenes argentinos” y los resultados de los estudios arqueológicos realizados en el territorio nacional, se habían equiparado al capítulo inicial de la historia de la Nación. Esta tendencia se había plasmado en 1917 en el *Manual de la Historia Civilización Argentina*, editado por el Instituto de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y, en 1918, en el nunca concretado plan de la Junta para la preparación de una empresa semejante. El primer volumen de la *Historia de la Nación* se agotó en 1938, coincidentemente con la reforma de la enseñanza en los colegios secundarios y la incorporación de las nuevas ideas sobre el poblamiento de América. En 1939 la librería-editorial “El Ateneo” asumía la reimpresión de la obra, comprometiéndose a mantener un precio accesible y reconociendo con ello que la “historia argentina” contaba con un público dispuesto a consumirla.

Por otro lado, el *II Congreso Internacional de Historia de América*, realizado en Buenos Aires en 1937 y presidido por el mismo Levene, propuso confinar las épocas prehistórica, protohistórica y el descubrimiento a los dominios de los Congresos de Americanistas, sentenciando: “el tema de estudio de la Historia de América empieza a partir del descubrimiento” (ANH, 1938: 2-24). Con ello se entendió excluir el estudio de las civilizaciones aborígenes consideradas en sí mismas, manteniendo, en cambio, los aspectos vinculados al desarrollo histórico iniciado con la conquista. Como institución científica “llamada a promover y relacionar las actividades superiores de Academias e historiadores del Nuevo Mundo y a estimular las investigaciones originales en el dominio de la Historia Americana”, el Congreso se proclamaba una institución pedagógica, cultural y patriótica encargada de la difusión del saber histórico<sup>1</sup>. El mismo sentido signaba la

---

<sup>1</sup> Una sesión especial, –a la que concurrieron 150 representantes de las escuelas secundarias estatales y privadas argentinas–, se dedicó a la metodología de la enseñanza y a la revisión de los manuales de historia, iniciativa de la Convención de Montevideo y del acuerdo establecido entre la Argentina y Brasil, en octubre de 1933. Firmado por los Presidentes A. P. Justo y G. Vargas y los Cancilleres Saavedra Lamas y Mello Franco, ratificaba el concepto de “amistad de los pueblos”, basado en el conocimiento que las nuevas generaciones debían tener de la historia y geografía de sus patrias. En Europa se promovían iniciativas similares –cf. *International Conference for the Teaching of History*, presidida por Rafael Altamira y a cargo del *Bulletin trimestriel de la Conférence Internationale pour l'enseignement de l'histoire*, París, 1933. (Podgornyy, 1999)

transformación en 1938 de la Junta en Academia Nacional de la Historia, donde la “vocación americanista” se diluiría cada vez más y la práctica de la historia se definiría como una política nacional, articulada a través de las siguientes “tribunas para la acción”: la Comisión de Museos y Monumentos, los Congresos de Historia Argentina, los Archivos, Museos y Casas Históricas y la Comisión Nacional Revisora de la enseñanza de la Historia Americana<sup>2</sup>. A este respecto surge la pregunta sobre la relación que los arqueólogos, –definiendo su campo dentro de la antropología, en el sentido adquirido en los Estados Unidos<sup>3</sup>–, establecieron con la historia como disciplina académica y como tema de educación pública a través del sistema de educación básica, de las colecciones y de los museos, donde los objetos acumulados creaban, a su vez, el fenómeno a estudiar.

Singularmente, los promotores del “Congreso de Historia de América” se apropiaban de aquello que, por muchos años, el Congreso Internacional de Americanistas, –uno de los principales foros internacionales de los practicantes de la arqueología y etnografía americanas–, se había resistido a incorporar<sup>4</sup>. Para los americanistas, la introducción en su programa de la historia post-colombina equivalía a la segura politización de los encuentros, resultante de controversias insoslayables sobre determinados temas contemporáneos y los problemas de la historia colonial. El fin de siglo, sin embargo, había traído consigo la realización de los primeros encuentros en el Nuevo Mundo y la ampliación de sus horizontes, definidos ahora como “*el estudio histórico y científico de ambas Américas y sus habitantes*” (Comas, 1974: 20 y 95). En los discursos de los americanistas este cambio se asociaba a una creciente tendencia a describir las prácticas científicas en función de su localidad. De este modo, los problemas del americanismo asumían un sig-

<sup>2</sup> Los índices de la llamada vocación americanista habían empezado a desaparecer más temprano: el *Boletín* (1924-) había perdido en 1929 la guarda con motivos indígenas que en los primeros números adornaba su portada.

<sup>3</sup> En los Estados Unidos, a partir de la obra de Franz Boas, se consideró que la antropología estaba conformada por cuatro disciplinas: la arqueología, la lingüística, la antropología física y la etnología, dedicadas a distintos aspectos del “hombre americano”. En Europa, la institucionalización de la arqueología (principalmente, la arqueología clásica), la prehistoria (en el siglo XIX también llamada “arqueología geológica”), la etnografía y la antropología compartió el espacio de algunos museos, pero dio lugar a caminos muy diferentes. La relación entre historia y arqueología en México, donde por ejemplo, en la obra de Justo Sierra el período precolombino era definido como “Historia Antigua”, merecería infinitas citas y mucho más que una nota al pie.

<sup>4</sup> Internacionalmente, las colecciones y los estudios prehistóricos contaban, desde 1863 con el Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas, desde 1867 con los espacios de las exposiciones universales, continentales y nacionales y, desde 1875 con el Congreso Internacional de Americanistas. Mientras este último organizaba las disciplinas en función del territorio americano, el primero internacionalizaba las ciencias prehistóricas. En el primer CIA de Nancy se debatió el autoctonismo de la civilización americana. En el segundo (Luxemburgo, 1877), del que participaron V. Quesada y Juan María Gutiérrez, la antigüedad del hombre en América se definía como uno de los problemas de la antropología y de la etnografía de este continente; en el tercero de 1879 (Bruselas), aparecería el problema del hombre terciario en América. Del segundo data la discusión acerca de la terminología para el hombre americano. El CIA se había establecido para contribuir al progreso de los estudios arqueológicos, etnográficos y lingüísticos del período precolombino hasta el descubrimiento. Los primeros CIA se centraron principalmente el origen de la civilización y del hombre americano y las posibilidades de contacto entre las altas civilizaciones del Viejo Mundo y las de América sobre la base de objetos y a distintas fuentes escritas (Comas 1974).

nificado diferente según el lado del Atlántico donde se enunciaban: para Franz Heger, delegado por Austria-Hungría, los mismos eran de carácter puramente científico en Europa pero adquirirían un lado práctico para la vida de los Estados americanos<sup>5</sup>. Estos debates sobre los dominios de las distintas disciplinas con relación a una posible intervención en la política remiten, sin lugar a dudas, a la muchas veces estudiada ideologización de las historiografías nacionales (Barbero y Devoto, 1983; Devoto, 1993). Más allá del deseo oscilante entre el mantenimiento de la independencia, –percibida como la garantía de la objetividad y de la distancia crítica–, y la intervención del Estado, –percibida como la posibilidad de la consolidación de las instituciones y de la supervivencia de sus disciplinas–, los arqueólogos y los americanistas se enfrentaban a un mundo desaparecido o, según la perspectiva de la época, que pronto se desvanecería ante sus ojos.

En este trabajo se analizan algunos episodios y problemas de la historia de la institucionalización de la arqueología en la Argentina, durante el período que se inicia con la realización del Congreso Internacional de Americanistas, en Buenos Aires, en 1910 y que finaliza con la edición de la *Historia de la Nación Argentina* y los primeros años de la Sociedad Argentina de Antropología. En este intervalo la cronología y los criterios de clasificación de los hallazgos, los métodos necesarios para establecer una disciplina científica y la posibilidad de incluir en la historia a los supervivientes de los enfrentamientos recientes, se discutieron local e internacionalmente en las revistas y en los distintos foros nacionales, continentales e internacionales. Al mismo tiempo, la sistematización del trabajo de campo se liga a la constitución de la autoridad del científico como el único capaz de certificar la autenticidad de los hallazgos, cuestionando, poco a poco, la separación de las figuras del colector de campo y la del investigador de gabinete. La relación de estas disciplinas con las cuestiones políticas de cada Estado, esbozada en los discursos de los congresos y de las sociedades científicas, puede asimismo rastrearse en las dificultades de la profesionalización de la arqueología y de la antropología en la Argentina. Más allá de las retóricas, el apoyo estatal a las diferentes iniciativas de institucionalización, –creación de museos, cátedras, institutos–, respondió no tanto a una articulación orgánica entre saberes y administración del Estado sino a las alianzas circunstanciales entre algunos científicos y políticos.

## II

### UN MUNDO QUE DESAPARECE

El interés científico en las antigüedades alimentó, sin duda, su valor como mercancía en los circuitos internacionales de intercambio, compra y venta de objetos destinados a las colecciones particulares y a los museos. El siglo XX, por su parte, supuesta-

---

<sup>5</sup> Toribio Medina (1912: 75-78) delegado chileno opinaba: “en la América misma se pueden apreciar de cerca bajo una luz más efectiva y destinada a producir resultados ciertos y políticos”.

mente las sustrajo de las reglas del mercado y de la propiedad privada para colocarlas, con la excepción de pocos países, bajo el control de los Estados nacionales<sup>6</sup>. El cambio de siglo presencié, asimismo, la publicación de los primeros manuales de trabajo de campo para la formación de los futuros arqueólogos<sup>7</sup>. Allí se enunciaban, mediante la crítica al modo de recopilación de los datos en las excavaciones y de su conservación en los museos, los criterios de demarcación entre el científico y el mero traficante de antigüedades. Para el arqueólogo, las técnicas de registro deberían diluir la importancia del objeto como pieza de colección para transformarlo en un elemento del conjunto de relaciones espaciales surgidas de las anotaciones realizadas en el campo, la clave para distinguir tiempos y grupos humanos diferentes. El primer manual inglés de arqueología, escrito para los trabajos en Egipto como claro alegato por el trazado de planos y el registro cuidadoso de las excavaciones, fue inmediatamente traducido por la Universidad de La Plata para su aplicación en los valles Calchaquíes y otras regiones sudamericanas de fisiografía y culturas semejantes a las del Nilo<sup>8</sup>. El método internacional se adecuaba localmente gracias a “la similitud” de los paisajes y de los objetos de estudio, una similitud basada en las comparaciones establecidas a través de la fotografía y las descripciones incluidas en los textos<sup>9</sup>.

Los “métodos” prometían ayudar a resolver uno de los problemas más acuciantes de los estudiosos: la autenticidad de los objetos utilizados para definir y construir estas culturas desconocidas. En América esta cuestión comprendía dos aspectos, por un lado, la determinación del estado verdaderamente indígena oculto tras la corrupción de la historia postcolombina. Por otro, la prevención del engaño asociado al fraude, las falsificaciones y las colecciones “incontroladas” de objetos y de datos surgidos de un sistema basado en la confianza depositada en naturalistas viajeros, corresponsales e informantes locales. En esta situación se encontraban los conservadores de los museos europeos pero también los responsables del armado de los patrimonios de los museos americanos. Todos compartían la “distancia” entre la cultura urbana del investigador y esos objetos desconocidos, del pasado o del presente, mediados por manos desconocidas, procedentes de sitios distantes y de difícil acceso, territorialmente alejados y extraños a sus lugares de residencia habitual. Los “métodos” sistematizaban las claves para juzgar la

<sup>6</sup> La “libertad de excavación” frente al control del Estado fue defendida por los prehistoriadores franceses y aparece también en la obra de Flinders Petrie. Cf. Coxe, 1997.

<sup>7</sup> Entre otros, Flinders Petrie *Methods and Aims in Archaeology*, 1904 (cf. Lucas, 2001). Dedicado a los estudiantes universitarios, el objetivo de los manuales contrasta grandemente con una observación de Schliemann de fines de la década de 1870 sobre la excavación: “*an art by itself which cannot be learned in colleges*” (Meyer, 1958: 81).

<sup>8</sup> La Biblioteca de Difusión Científica del MLP, bajo la dirección del secretario de publicaciones F. Outes (1878-1939) publicaba en 1907 la traducción castellana de *Methods and Aims in Archaeology*. En el prólogo, se destacaba que las “*observaciones realizadas en su mayor parte en la cuenca del Nilo, pueden ser aplicadas, sin inconveniente alguno, en todos los países donde se desee que las investigaciones prehistóricas se realicen con conciencia y siguiendo procedimientos rigurosamente científicos*”.

<sup>9</sup> En la JHNA, Ambrosetti (1865-1917), viajero frecuente y Director del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires, solía informar sobre los nuevos descubrimientos de la arqueología americana publicados en los periódicos porteños.

autenticidad de las colecciones y llevar adelante un trabajo de campo que, mediante la presencia del estudioso y el registro del proceso de recuperación de los materiales (fotografía, planos, registro fonográfico), se distinguiría del quehacer de los traficantes de antigüedades y ayudaría a distinguir lo verdadero de lo falso. El valor científico de los objetos y el desarrollo de los métodos para juzgarlos contendían sin tregua con el florecimiento del arte de la falsificación.

En la Argentina de la década de 1910, la práctica de la arqueología, etnografía y antropología se articulaba a través de las instituciones estatales (universidad y museos) y de los canales privados, representados por las sociedades eruditas (Sociedad Científica Argentina, 1872; Junta de Historia y Numismática Americana, 1893, *Deutsche Wissenschaftlicher Verein –DWV*), las asociaciones, la amistad, los vínculos de parentesco, la comunidad de origen, los grupos políticos y los clubes. La dispersión de esfuerzos y recursos, la creación reiterada de instituciones con el mismo objetivo y el consecuente abandono de las mismas a su propio destino caracterizaron muchas de las iniciativas del Siglo XIX y de las primeras décadas del Siglo XX (Podgorny y Lopes, 2004). Las rivalidades e intercambios urdidos alrededor de las cátedras de Córdoba, Buenos Aires y La Plata, de las colecciones de los Museos de La Plata, Nacional y Etnográfico, de la publicación en las revistas y la formación de bibliotecas, contribuían a la configuración de esta sociabilidad urbana, centrada principalmente en las dos ciudades capitales del Plata argentino. Estas disputas y alianzas se continuaban en las redes logísticas tendidas en todo el país para facilitar el trabajo de campo y asegurar la provisión de información y de objetos destinados a las colecciones privadas y nacionales. Asimismo, desde estos centros, se gestionaba el intercambio internacional a través de los canjes bibliotecarios y de la designación de los delegados oficiales a los congresos, tales como el de Americanistas, el Internacional de Ciencias Prehistóricas y el Científico Americano. Sin embargo, el panorama quedaría incompleto si no subrayáramos las adscripciones institucionales múltiples, los conflictos ligados a la disponibilidad de fondos y puestos de trabajo y las controversias surgidas a raíz de interpretaciones divergentes del pasado.

En mayo de 1910, Buenos Aires albergó una de las sesiones del congreso internacional de Americanistas<sup>10</sup> que, para orgullo de los porteños y en el marco de las pompas del Centenario y del Estado de Sitio, se reunía por primera vez en suelo sudamericano. Ernesto Quesada, encargado de uno de los discursos inaugurales, esbozaba las etapas del americanismo según los espacios privilegiados por los sabios para la recolección de sus datos. Así, según Quesada, a las primeras indagaciones de gabinete sobre materiales de segunda mano siguieron los métodos y criterios técnicos ligados a las bibliotecas y museos. El siglo XX imponía “*conocer el continente, visitar las comarcas donde vivieron aquellas naciones precolombinas, ver a sus descendientes, investigar in situ las antiguas civilizaciones que aquí florecieron, las lenguas que sus poblaciones indígenas hablaron, y los monumentos que han dejado*” (Quesada, 1912). “Venir” a América, ver con los propios ojos, palpar la rea-

---

<sup>10</sup> En Viena, sede del encuentro de 1908, las invitaciones argentina y mexicana triunfaron gracias a las delegaciones comisionadas a engalanar los respectivos Centenarios con diversos encuentros científicos.

lidad de las cosas equivalía a ver esos restos y a “conocer a las poblaciones indígenas que todavía, a través de los siglos conservan, si bien harto corrompidas, su lengua y tradiciones”. Quesada emparentaba el estudio de las poblaciones indígenas con la sociología y con la historia, tomando como referencia las obras de Spencer y la *Anthropologie der Naturvölker* de Theodor Waitz (1859)<sup>11</sup>, donde se habría establecido la necesidad de estudiar a los pueblos antiguos y modernos del espacio no europeo. La definición contraria de la historia suprimía a cuatro quintas partes de la humanidad y confinaba a la civilización cual patrimonio de la sola raza blanca; Quesada (1912) afirmaba: “la ciencia de la sociología ha barrido esos prejuicios, y estudia hoy con ardor todas las razas y todas las civilizaciones, para indagar la marcha de los fenómenos sociales en cada una de ellas”<sup>12</sup>. La reunión del 17º Congreso en Buenos Aires se encuadraba en esta supuesta tercera etapa, donde la impresión causada por el ambiente en el investigador se traducía como el estudio de los factores físicos actuantes en el desarrollo de una sociabilidad dada.

Viajeros como Erland Nordenskiöld (1877-1932) coincidirían en que el conocimiento sobre la cultura indígena logrado a través de la lectura de los testimonios de otros, no se parangonaba con la comprensión detallada y completa obtenida mediante el contacto personal y las observaciones realizadas viviendo entre los indios. Según Nordenskiöld la mayoría de los trabajos sobre América del Sur habían sido publicados por viajeros de Europa o de la América del Norte. Sin embargo, como los mismos podían permanecer en los países visitados solo un tiempo limitado<sup>13</sup>, no despreciaba la bibliografía y los materiales coleccionados por los aficionados, señalando: “valuable observations about the manners and customs of other people can be collected by any observant and intelligent person” (Nordenskiöld, 1999: 6). Mientras Quesada enfatizaba el acto del viaje, Nordenskiöld acentuaba el factor tiempo: las observaciones realizadas sostenidamente por los residentes locales aventajaban a las del profesional de paso,

<sup>11</sup> Waitz, que consideraba al *Volksgeist* como una mera abstracción, rechazaba el determinismo geográfico y la relación inmediata entre los rasgos físicos y psicológicos de los pueblos. Para Waitz la trayectoria histórica de un pueblo estaba determinada por cuatro factores: la organización física, la forma de vida espiritual, el ambiente natural y la suma de las relaciones sociales de los individuos dentro del grupo, siendo algunos –como el clima– menos importantes que otros. La historia como un todo incluía la de todos los pueblos: la unidad física de la humanidad no se veía afectada por los diversos procesos históricos psicológicos de cada pueblo y rechazaba cualquier tipo de jerarquía innata y racial relativa a los logros culturales (Bunzl, 1996).

<sup>12</sup> La reunión de la sociología y la etnografía / etnología se concretó en series como la *Revue des études ethnographiques et sociologique* (1908/9), dirigida por Albert van Gennep en Francia y los *Studien zur Ethnologie und Soziologie* (1917), dirigida por Alfred Vierkandt en Alemania. La primera definía a la sociología como “l'étude de la vie en société des hommes de tous les temps et tous les pays” y a la etnografía como “la descripción de su civilización material”, excluyendo a la antropología (estudio anatómico de las variedades humanas) y a la lingüística. La serie alemana excluía las obras basadas en el viejo método comparativo “sin orillas” y proponía la comparación de los hechos dentro de un área cultural, especialmente dentro de las llamadas provincias etnográficas. Allí publicó M. Schmidt *Die Aruaken. Ein Beitrag zum Problem der Kulturverbreitung*, Leipzig, 1917, discutiendo con el método definido por Schmidt y Graebner.

<sup>13</sup> La Argentina –con los trabajos de Outes, Ambrosetti, Gallardo, Quiroga, la RMLP y los Anales del Museo Nacional– y Brasil (Revista del Museu Paulista y los trabajos de v. Ihering) aparecían como una excepción.

quien, en cambio, contaba con la formación necesaria para enmarcarlas en un estudio comparativo. El viaje en sí, si se trataba de una mera excursión como la realizada al finalizar el congreso, no alcanzaba (Debenedetti, 1912; Loza, 2004, Podgorny y Politis, 2000)<sup>14</sup>.

Por esos mismos años, el “viaje” no era percibido como la mejor solución. En los círculos profesionales se promovían consultas internacionales sobre, por ejemplo, la conveniencia de crear “jardines antropológicos”. Los antropólogos dedicados a la paleoantropología, la herencia, la teoría de la descendencia, la eugenesia y la anatomía comparada, buscando herramientas similares a las de la zoología, reflexionaban sobre cómo evitar las fallas de las colecciones museísticas y de los viajes a territorios lejanos, caros, incómodos y no siempre recompensados por el éxito<sup>15</sup>. Aunque el sistema de correos aseguraba la transmisión de información de una manera poco onerosa, las dificultades y el precio del traslado de las colecciones y de los viajeros condicionaba la selección de los materiales y las posibles rutas para el trabajo en el campo (Lopes, 2001; Podgorny, 2002a). En la Argentina, lejos de contar con el apoyo sistemático de “la maquinaria del Estado”, la historia de las exploraciones muestra una ciencia mucho más endeble y mucho menos orgánica de lo que las lecturas tanto hagiográficas como de crítica ideológica postcolonial pretenden hacer creer. Las instituciones y los particulares se disputaban el esquivo apoyo del Estado y los mecenazgos privados, para obtener mulas y pases gratis en los trenes para el norte y en los barcos de las rutas patagónicas y la cuenca del Paraná. Las mulas y los caballos conectaban las estaciones y los puertos con aquellos recónditos parajes, donde los viajeros vaciaban y llenaban sus cajas con provisiones, instrumentos, herbarios, piedras, huesos y cacharros.

El campo no dejaba de ser un territorio “extraño”, donde reinaban reglas de sociabilidad “premoderna” y donde los investigadores debían aprender a manejarse diplomáticamente. Allí, contra las fronteras de los habitantes del lugar, estallaban los valores de los espacios universales de las academias y museos. Los pobladores locales, fuente principal de mano de obra para el trabajo de excavación de los sitios arqueológicos, podían reclamar su derecho de propiedad de los objetos y parajes deseados y también, siendo los poseedores de las claves del lugar, controlar el acceso a los mismos. La historia de las excavaciones arqueológicas realizadas en Troya, Pompeya o La Paya abunda en conflictos y consejos sobre cómo relacionarse con los peones, sus creencias, y con las protestas de los campesinos y pastores cuyos campos eran invadidos y poceados. En un marco opuesto al expresado por Quesada, las “supersticiones reinantes heredadas desde siglos” perdían su interés científico para ser simplemente un escollo a disolver por la acción de las condiciones de trabajo: *“el arqueólogo que necesite trabajar sobre el terreno debe dedicar a ella (a la alta diplomacia) gran parte de su tiempo, así se conseguirá no sólo*

<sup>14</sup> El recurso de las observaciones de los indios en las ferias se halla en las etnografías de Lehmann-Nitsche y de Palavecino.

<sup>15</sup> Circular enviada el 13 de marzo de 1913 por E. Landau de Jurjew Dorpat, Director des Anthropologischen Museums der Universität Bern. RLN, IAI.

peones sino hombres contentos y que satisfechos con el trato y la abundancia de paga, comida y pequeños vicios efectúen su tarea con entusiasmo y se preocupen de que la cosecha sea fructífera" (Ambrosetti, 1907: 9-10)<sup>16</sup>. Como en la comparación tejida por Freud pocos años antes, el pasado sepultado solo podía aparecer a través de la intervención del viajero: la otra alternativa del investigador, preguntar a los nativos por el significado otorgado por la tradición a las ruinas, no hacía más que mantener el estado oculto de las cosas (Freud, 1896).

En la ciudad, en cambio, las fronteras parecían disolverse en la sociabilidad de la ciencia. Para los europeos, el viaje de 1910 a Buenos Aires equivalía a la oportunidad "de ver el magnífico desarrollo de la gran capital de la nación Argentina, de visitar este país, tan importante para todas las cuestiones que se desarrollan con la historia de las tribus primitivas y con las primeras formaciones sociológicas e industriales de naciones aspirantes a la civilización, y –last but not least– de ver y estudiar las ricas colecciones de los museos de las dos capitales, de la nación y de su provincia principal" (Actas XVII CIA, 1912: 76) En efecto, el programa social del Congreso de Americanistas de Buenos Aires incluyó las recepciones y cenas en el Club del Progreso y en el Jockey Club, y una excursión en automóvil ofrecida por el intendente de la ciudad, tomando por las avenidas principales para ver los grandes edificios públicos, los jardines botánico y zoológico, Palermo, el vivero municipal y el hipódromo. A ellas se sumaba la visita al Museo Mitre, a la Sociedad Científica, al Instituto Geográfico Argentino y un viaje a La Plata –en tren y en carruajes–, visitando el Museo, la gobernación, el senado, la cámara de diputados y la Universidad<sup>17</sup>. Quizás frente a tanta muestra de sociabilidad moderna, uno de los participantes chilenos sugería realizar la próxima reunión en una ciudad con antigüedades indígenas (Canales, 1912)<sup>18</sup>; observación que remitía a la distancia percibida entre Buenos Aires y el mundo aborigen y a la valoración de los monumentos y yacimientos "originales" frente a las colecciones urbanas. No obstante, los museos continuaban siendo los espacios donde se desandaba esta experiencia sonoramente nombrada como "tocar para creer". Allí, merced al todo construido por las colecciones, los indicios desperdigados en el campo perdían su carácter fragmentario y se manifestaban como culturas. De esta manera, los congresistas podían afirmar que, gracias a las colecciones arqueológicas guardadas en el Museo de La Plata, el estudioso "aprende recién a conocer en toda su amplitud, la cultura calchaquí".

A pesar de los discursos, solamente Hermann von Ihering –director del Museo Paulista– y su esposa viajaron luego del encuentro académico por el territorio argentino, visitando las cataratas del Iguazú y las tierras misioneras. Todos los demás vieron frustrado el ansiado viaje a los valles calchaquíes y la visita al ingenio de Ledesma, prometi-

<sup>16</sup> Consejos similares pueden leerse en Petrie.

<sup>17</sup> El Museo Nacional de Buenos Aires, dirigido desde 1902 por Florentino Ameghino (1854?-1911), poseía ricas colecciones arqueológicas y paleoantropológicas: no fue incluido en el programa a raíz del inminente peligro de derrumbe de su edificio (Podgorny 2000).

<sup>18</sup> La sesión de México de ese mismo año cumplía con dichas expectativas: el progreso de la ciudad se mostraba también a través de la restauración de las cercanas ruinas de Teotihuacán.

da para que A. Mochi –autor de una descripción de catorce cráneos de naturales del Chaco depositados en Florencia– conociera el chaco jujeño y estudiara a “*los indios tobas, maticos, chorotes, chiriguano y otros que, con motivo de los trabajos en los ingenios de azúcar vienen en invierno desde sus tolderías de las selvas chaqueñas*” (Debenedetti, 1912: 628). Mientras las huelgas habían impedido la impresión a tiempo de algunos programas del congreso, los festejos del Centenario se mezclaron con postergaciones y promesas como para arrojar al vacío la excursión prevista a los valles calchaquíes: los valles y quebradas del norte argentino permanecerían como un paisaje visto desde el tren en el camino a Bolivia, donde los congresistas visitaron Tiahuanaco y desde donde continuaron su excursión al Perú. La imagen de la estación de La Quiaca, “*materialmente llena de indios curiosos que miran con extrañeza a los coches, las máquinas y a los maquinistas*” (Debenedetti, 1912: 630), contrasta grandemente con aquella otra acuñada por Alberdi hacía más de medio siglo. El ferrocarril, como símbolo del progreso, no había espantado a los indios: los había transformado en los restos estupefactos de su historia, con los que se podrían reconstruir “*las sociabilidades que constituyeron otrora forma típica de la vida humana*”. Como medio de transporte, había provisto de vías para llegar hacia ellos.

Precisamente en el presente de los indios residía el significado político y polémico del americanismo. Los trabajos sobre el problema del trato y de la integración de los indígenas a los Estados Nacionales no abundaban y se consideraban exitosos si lograban hacer de sus propuestas una de las mociones generales del encuentro. En el Congreso de Americanistas de Buenos Aires, la Argentina aparecía como uno de los países que, junto con Canadá, Estados Unidos, Chile y parte del Brasil, habían adoptado el “sistema de reducción de indígenas” en el marco de una política de Estado. Uno de los participantes del Ecuador se preguntaba si este sistema “*era el mejor en orden al progreso general del país y para la cultura de los indios*” y, en caso de serlo, si “*ese procedimiento es practicable en las naciones en las que el indio constituye la casi totalidad del obrero de campo y es cifra importante de la población nacional*” (García, 1912: 618-21)<sup>19</sup>. En otros países, la existencia misma del Estado se basaba en la organización del trabajo con el “elemento aborigen”; la misma, con sus características actuales, privaba a esas naciones de inmigración europea. El gañán americano, con sus bajos salarios y condiciones primitivas de vida, se volvía una competencia demasiado fuerte para el obrero europeo. La solución, para el orador, pasaba por el mejoramiento de las condiciones individuales y sociales del indígena. De la discusión participaron tres congresistas: Samuel Lafone Quevedo, Adolfo Saldías y Vojtech-Alberto Fric. Estos, junto con Rudolf Lenz, Robert Lehmann-Nitsche, Federico Mayntzhusen y von Ihering, intervinieron también en la ponencia presentada por la señorita María Bertolozzi, de Buenos Aires: “Problemas sobre la actual población argentina: diferencia étnica y social entre provincianos y porteños”, donde se discutía si a los indios de la actualidad la influencia de la civilización les era benéfica.

---

<sup>19</sup> García, abogado ecuatoriano con residencia en Santiago de Chile, representaba a la “Sociedad Jurídica-Literaria” de Quito.

Todos los participantes del debate habían intervenido ya en cuestiones indígenas<sup>20</sup>. Lafone Quevedo (1835-1920) –director del Museo de La Plata desde 1906 y Catedrático de Arqueología Americana en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires (1896-)–, aparecía como uno de los defensores de los reclamos de tierras por parte de los sobrevivientes de un proceso todavía vigente en el Chaco y en la Pampa. Para Lehmann Nitsche (1872-1938), jefe de la Sección Antropología del Museo de La Plata desde 1897 y profesor en las universidades de La Plata y Buenos Aires, los indios desaparecerían en breve. No obstante, en el Congreso Científico Internacional Americano realizado en julio de ese mismo año como parte de los largos festejos del Centenario argentino, presentaría una propuesta para resolver el problema indígena, solicitando al Gobierno Nacional la creación de territorios reservados en Patagonia, Tierra del Fuego y Chaco según el proceder de los Estados Unidos de Norteamérica. Ambrosetti discutió entonces esta tesis, expresando la impotencia de los sentimientos humanitarios frente al destino irremediable de los indios: desaparecer, “sea por la codicia del blanco, sea por la sífilis, el alcohol, la viruela, el sarampión y todas las enfermedades de los blancos, que hacen estragos en los indígenas”. Calamidades a las que se sumaba, según otro de los participantes, la explotación y degradación moral de los indios por parte de los frailes misioneros. Ameghino coincidiría con Ambrosetti, pero apoyaría la moción de Lehmann-Nitsche “por sentimiento de humanidad”. Singularmente, mientras el segundo afirmaba que “para que los indios no desaparecieran, sería necesario que el progreso no alcanzara a las regiones donde ellos viven”, en el Congreso Científico Americano se aprobaban, además de la de Lehmann-Nitsche, otras dos resoluciones: una, sobre el fomento de las exploraciones dedicadas a descubrir regiones habitadas por indios salvajes para atraerlos a la civilización moderna; la segunda, acerca de la creación de sociedades protectoras de las razas indígenas (SCA, 1910). En esta sesión del Congreso Científico se expresaban los dilemas de la antropología de los inicios del siglo XX: viajar, explorar, vivir entre los indios, –el *desideratum* del americanismo moderno– equivalía a acelerar su muerte. La nueva empresa antropológica cargaba dos armas letales: el cuerpo del viajero y el progreso. Ambrosetti confrontaba a sus colegas con el sentimentalismo de una moción inútil frente a lo inexorable y con la posibilidad –inconcebible– de abandonar el camino de la ciencia y del porvenir.

---

<sup>20</sup> Fric había despertado una virulenta polémica en Viena al denunciar el trato que los colonos alemanes daban a los indios. Lafone Quevedo, por su parte, en 1907 había promovido ante la JHNA la posibilidad de sugerir al Gobierno que despachara favorablemente el pedido de tierras presentado por el cacique Cumilao, para que los indígenas se pudieran instalar allí con sus familias. Años más tarde, recogería las palabras introductorias de *The American Indian* de Clark Wissler (1917) para cerrar unos párrafos deshilvanados que confrontaban al lector con su posición frente a los indios sudamericanos. Ello abarcaba el juicio sobre la “psicología” de los “salvajes” pero también sobre la condición presente, recordando que “la conquista (...) y cuatrocientos años de sujeción al dominio más o menos duro de la raza invasora no podían menos que atrofiar todas las facultades mentales y morales de los sometidos”. Allí recordaba que, entre los conquistadores castellanos, había alemanes, a quienes les adjudicaba, veladamente, las atrocidades de la conquista: “en nuestro siglo sabemos como trataron a la inocente víctima, la Bélgica” (Penny, 2003; Ravina, 1995 a y b; Lafone Quevedo, 1919).

En el Congreso de Americanistas, los visitantes europeos habían permanecido mudos en semejante tipo de debates. Sus expectativas se concentraron, en cambio, en los dos desafíos científicos argentinos lanzados por Ambrosetti en la reunión de Viena de 1908: el hombre fósil en América del Sur y el origen y desarrollo de la llamada cultura calchaquí (Ambrosetti, 1910). La primera se enfrentaba al escollo de la dudosa antigüedad geológica de la formación pampeana (Podgorny y Lopes, 2004). Los sabios argentinos parecían seguir la interpretación de Ameghino, quien la adjudicaba al terciario prácticamente en su totalidad; los norteamericanos, por su parte, la definían como cuaternaria. Los participantes observaban indecisos, a la espera de indicios claros y de un consenso sobre la edad de las etapas geológicas. Con el objetivo de conocer la geología de los yacimientos antropológicos Bailey Willis y Ales Hrdlička realizaron dos excursiones al finalizar el encuentro, clausurado sin un fallo definitivo sobre el asunto. Las capas originales de los hallazgos no pudieron ser determinadas, a pesar de la compañía de Ameghino, quien en el congreso había presentado las herramientas toscas de un precursor del *Homo sapiens* procedentes del plioceno medio (Podgorny y Politis, 2000). La falta de acuerdo en una cronología trababa toda la empresa americanista. Estanislao Zeballos sugería, en consecuencia, nombrar una comisión para estudiar cronológicamente las antiguas poblaciones del nuevo mundo y reunir los datos respecto al origen y vida del hombre americano. Precisamente, sobre este mismo asunto se estructuraba la llamada “cuestión calchaquí”, planteada por Eric Boman y Léon Lejeal en el Congreso Americanista de Quebec cuestionando a la interpretación de los hallazgos arqueológicos de los valles calchaquíes por parte de los arqueólogos argentinos. Boman recurrentemente impugnaría los dos planteos principales de Ambrosetti: la existencia de dos “culturas” —una más antigua que la otra—, y la independencia calchaquí respecto de las culturas “peruanas”. Ambrosetti (1910) había protestado en Viena: “*On nous traite aux étudiants de l’achéologie argentine d’inventeurs de la civilisation Calchaquie*”.

Con relación a este problema, Max Uhle (1856-1944), —director del Museo Nacional de Lima y autor de la secuencia estratigráfica que demostraba la existencia de varias culturas superpuestas en Pachacamac y Moche (Uhle, 1991)—, propuso en el Congreso de Americanistas de Buenos Aires un esquema cronológico para correlacionar las culturas prehistóricas del Perú y la Argentina (Uhle, 1912). Según Uhle, la precisión cronológica permitía resolver el verdadero problema de la arqueología: las relaciones entre diferentes países o civilizaciones cuyas tradiciones pasadas eran desconocidas. El prisma de los siglos filtraba esta historia americana, tiñéndola de una apariencia uniforme y confundiendo al observador moderno. Uhle cuestionaba a quienes abogaban por el origen peruano-incaico de la civilización calchaquí con pruebas estructuradas sobre “caracteres demasiado generales que permiten demostrar la relación entre cualesquiera de las antiguas civilizaciones americanas”, refiriéndose con ello a la obra de Eric Boman (1868-1924), *Antiquités de la Région Andine* (publicada como parte de los resultados de la misión científica de G. de Créqui Montfort y E. Sénéchal de la Grange llevada a cabo en 1903). Uhle, proponiendo los periodos de los vasos draconianos, el preincaico de los vasos propiamente calchaquíes y el incaico, insistía en la especificidad de las distintas civilizaciones y de sus cronologías. También reconocía el peso del orgullo nacional a la

hora de evaluar las distintas afirmaciones sobre ese pasado remoto, pero por eso no menos argentino: “*La pretensión de probar con pocos hechos sacados de la civilización de los incas, el origen de la civilización calchaquí, debía provocar la resistencia de muchos de los arqueólogos argentinos; hay que disculpar por eso sus errores, cuando caen en el otro extremo y niegan no solamente la influencia directa de los incas sobre esta civilización, sino también toda otra influencia que podría desprestigiar el origen completamente autóctono de las civilizaciones argentinas*” (Uhle, 1912: 611). Uhle podía comprender semejante reacción, sin embargo, sorprendido se preguntaba cómo era posible que “*la arqueología argentina, que nos ha dado obras excelentes sobre exploraciones metódicas hechas en el interior del país, no haya llegado todavía a establecer una cronología, aunque preliminar, del desarrollo de estas civilizaciones antiguas (...) tal cronología es relativamente fácil, dado el contacto de los incas con la fase final de las antiguas civilizaciones argentinas*”. Este recorte nacional de las disciplinas y de las civilizaciones del pasado se oponía a la afirmación de Bailey Willis, hecha pocos días antes: “*science knows no national distinctions*”. Quesada, por su parte, había destacado que las universidades argentinas propendían a dar carácter nacional a la enseñanza superior, aplicando las disciplinas científicas al estudio de los fenómenos americanos (García y Podgorny, 2001). El supuesto ethos internacionalista de la ciencia se resquebrajaba frente a los orgullos heridos o exacerbados.

Boman, señalemos, además de proponer el origen andino-peruano, había atribuido a los Diaguitas —el pueblo visto por los conquistadores— la mayoría de los restos prehispánicos de la zona, reemplazando “cultura o civilización calchaquí” por el nombre de “región diaguita” (Boman, 1908: 5). Sus trabajos también sugerían que la civilización calchaquí era un invento de los argentinos, dispuestos a ver en ella a la madre de las culturas andinas. En 1908 Ambrosetti, tan seguro de sus conclusiones como Ameghino estaba de las suyas, había propuesto resolver la cuestión en el campo: observando y excavando *in situ* (Ambrosetti, 1910). La suspensión del viaje a los valles calchaquíes dejó a los europeos plagados de preguntas, con la convicción de haber presenciado la retirada de los sabios argentinos del debate, ignorando —“casi con miedo de tocar la cuestión”— los embates de Boman (Heger, 1912). Sus argumentos, impugnados primero en mayo por el director del Museo de Lima<sup>21</sup>, fueron discutidos un mes más tarde entre sudamericanos. Durante el Congreso Científico Americano de Buenos Aires (10 al 25 de julio de 1910) se constataba la opinión de Uhle sobre la resistencia de los arqueólogos “argentinos” a aceptar la dominación incaica de la región calchaquí. En efecto, a favor solo se encontraba Lafone Quevedo; Ambrosetti, Ameghino, Jorge Courty y Eduardo Holmberg (h), defendían, en cambio, la idea contraria<sup>22</sup>. Por su parte, el delegado de la Sociedad Geográfica de Lima, afirmaba que la “titulada civilización calchaquí, no era sino un páli-

<sup>21</sup> La obra de Boman fue estudiada detenidamente por Uhle, cuyo ejemplar de las *Antiquités* posee numerosas anotaciones al margen que señalan “*no es prueba de contacto con los Incas*” (IAI, V cd 30; 5, 1,2).

<sup>22</sup> Lafone Quevedo, miembro de la JHNA desde 1897, continuaría el debate en 1914: sosteniendo que los incas dominaron toda la región Diaguita-Calchaquí, hasta el Salado y que su cultura era bien conocida hasta en el mismo Río de la Plata. Mientras estas ideas eran aplaudidas por casi todos los miembros de la JHNA, Ambrosetti (1929) prometía refutarlas a la brevedad.

do reflejo de las antiguas civilizaciones del Perú”, dudando asimismo de la secuencia establecida por Uhle en Pachacamac. Mientras Ameghino y Ambrosetti hablaban de una cultura calchaquí mucho más antigua que la incaica, e incluso de la posibilidad de una radiación cultural desde el sur hacia el norte, el delegado peruano dudaba de la autenticidad de los objetos supuestamente calchaquíes. Ambrosetti admitía la existencia de muchos objetos falsificados o fabricados recientemente; sin embargo, podía enumerar los caracteres diagnósticos de “un objeto arqueológico de origen calchaquí verdadero de los pretendidos objetos calchaquíes”. En la discusión, cerrada sin acuerdo pero con un aplauso por los esfuerzos realizados, se superponían varios problemas: la cronología de la civilización calchaquí y la expansión del imperio incaico hacia el sur. Solo Uhle se había preguntado durante el Congreso de Americanistas por qué no se podían admitir ambas cosas, es decir, la existencia de una cultura antigua sobre la cual se habrían impuesto los Incas en épocas cercanas a la conquista española. Pero para ello era necesaria la separación de la cronología del espacio, tarea que, como veremos, se iba haciendo cada vez más difícil.

### III

#### MAPAS, MANUALES, CLASIFICACIONES

En 1910, Lehmann Nitsche publicaba el catálogo de la Sección Antropológica del Museo de La Plata. Allí justificaba la adopción en 1900 de la clasificación regional del territorio argentino de E. Delachaux, para presentar los restos esqueléticos y los cráneos de procedencia imprecisa<sup>23</sup>. Anhelando una correlación entre las zonas naturales y políticas, esta clasificación respetaba la “integridad” de las provincias; basándose en el “suelo”, serviría para ordenar “grupos humanos somáticos” y también “grupos humanos psíquicos y sociales, colecciones arqueológicas y etnológicas en los museos argentinos, clasificaciones botánicas, zoológicas, geológicas y mineralógicas, todas de procedencia argentina” (Lehmann-Nitsche, 1910: 14). Según este criterio, la sección antropológica del museo recreaba una supuesta unidad del suelo con los límites políticos actuales, los objetos y los grupos humanos.

---

<sup>23</sup> “Como de buena parte de las piezas no se conoce su pertenencia a tal o cual tribu y solamente su procedencia territorial, elegí por base de clasificación el principio geográfico. Deseaba encontrar una división del país en regiones que correspondiera tanto a las zonas naturales físico-geográficas como a las divisiones políticas... Sé perfectamente que lo que yo anhelaba, es decir una correlación entre las zonas naturales y las zonas políticas, en realidad no existe de un modo bien marcado y sólo aproximadamente; pero cuando un sistema corresponde sólo aproximadamente a los hechos, es suficiente para una clasificación, la que de todos modos es artificial como indispensable para los fines de un catálogo. Los límites naturales entre dos zonas, nunca están marcados, pero sí los políticos, y como para los fines de un catálogo se necesitan límites fijos, es menester tomar como base de división las provincias o territorios. Prefiero, pues, para un catálogo la división defectuosa del señor Delachaux que deja integras las provincias políticas (Santa Fe y Santiago del Estero), base de nuestra clasificación de la república Argentina” (Lehmann-Nitsche, 1910: 12, Podgorny, 1999b).

Por su parte, Lafone Quevedo en 1908 había presentado los tipos de alfarería de la región diaguita-calchaquí acompañados de tres mapas históricos con la siguiente aclaración: “No obstante ser éste un estudio de índole esencialmente arqueológica, se ha creído conveniente acompañarlo con tres mapas históricos: los dos que se refieren al primer medio siglo de su conquista, y el tercero, a la distribución geográfica de los objetos arqueológicos de que se trata en este estudio. Cada día se hace más y más necesario que todo trabajo de historia, de lingüística, de arqueología, etc., lleve sus mapas más o menos detallados que faciliten la relativa ubicación de cuanto se describe: sobre todo en lo que corresponde al presente ensayo puesto que por lo pronto la base de nuestra clasificación para los objetos arqueológicos de la región Diaguita-Calchaquí es principalmente geográfica, y por la sencilla razón de que es la única más segura y por la que alguna vez acaso alcancemos a llegar a la cronológica” (cit. en Podgorny, 1999). Boman, ese mismo año publicaba una “carta étnica” de la región andina en el Siglo XVI, donde el área asignada a los diaguitas se recortaba contra la cordillera de los Andes, haciendo coincidir la “frontera” de los pueblos prehispánicos con la frontera entre Chile y la Argentina. Lafone Quevedo insistirá en la novedad de los mapas como medio gráfico de los trabajos arqueológicos (Podgorny, 1999) pero sobre todas las cosas en el peligro de falsificar la historia de las sociedades indígenas adoptando mapas con los límites políticos actuales. A pesar de ello primaron los “criterios pedagógicos” y la seguridad dada por los límites actuales como criterio para disponer de los objetos en distintas clases. Frente a la cuestionada antigüedad de los restos y a las clasificaciones cronológicas de un pasado acusado de construirse sobre la base de falsificaciones y de secuencias inexistentes, la división política contemporánea aparecía incuestionable.

La importancia de los temas locales de las ciencias se acentuaría durante los años de la Gran Guerra, período en el cual los congresos internacionales suspenderían sus reuniones. El centenario de la declaración de la independencia argentina se festejó en 1916 con otra serie de encuentros académicos, esta vez de corte americano y nacional. La Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, establecida en 1911, promovió la realización de la Primera Reunión de Ciencias Naturales en Tucumán, donde se haría énfasis en los contenidos argentinos de la enseñanza y en la creación de parques nacionales. Por otro lado, los temas de la historia americana no se modificaban: el *Congreso Americano de Bibliografía e Historia* (Buenos Aires y Tucumán, 1916), incluía en su programa “el período precolombiano”, siguiendo la nomenclatura de los congresos de americanistas para designar los tiempos prehistóricos del continente. La afirmación de una tradición científica puramente local iba de la mano de las polémicas surgidas con el DWV de Buenos Aires –conjunto de funcionarios y de una suerte de mandarinado alemán en el exilio–, cuyos directivos afirmaban el papel preponderante de los alemanes en la forja de la ciencia argentina.

En 1910, Félix Outes y Carlos Bruch<sup>24</sup> publicaron una síntesis del estado del conocimiento de los pueblos indígenas, donde hacían suyos los objetivos de *La restau-*

<sup>24</sup> Bruch era jefe de la Sección Zoología del MLP. *Los aborígenes* resumía con documentos iconográficos, los ‘antecedentes reunidos hasta ahora a propósito de los habitantes prehistóricos de la República, los que existían en el momento de la conquista y los que aún subsisten, precariamente, en algunas localidades lejanas’. En el formato de los manuales escolares, fue reeditado hasta la década de 1950.

*ración nacionalista* de Ricardo Rojas (1909), acuñando la clase “aborígenes argentinos” para un corpus iniciado en la prehistoria y prolongado hasta los tiempos contemporáneos (Outes y Bruch, 1910). Mientras clasificaban los pueblos históricos según un criterio geotnográfico, para los tiempos prehistóricos utilizaban la cronología geológica, incluyendo –y discutiendo– los problemas planteados por las hipótesis ameghineanas<sup>25</sup>. Esta obra, la primera escrita para la divulgación general, era también la primera en preferir la distribución espacial para una síntesis de la etnología argentina. Más tarde, dos iniciativas consolidarían la tendencia de iniciar el estudio de la nación con la creación de una prehistoria argentina. En 1917 aparecía el primer y único volumen del *Manual de Historia de la civilización Argentina*, obra conjunta de R. Carbia, E. Ravignani, D. Molinari y Luis María Torres, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Pagano y Galante, 1993). Planteando la necesidad de reordenar lo que hasta ese momento había sido hecho sin un método adecuado, Torres se dedicaba a sistematizar los datos arqueológicos y etnográficos –transformados en “prehistoria” y “protohistoria” respectivamente– ordenándolos según las “regiones geoétnicas” de Delachaux. En 1918 se presentaba otro plan para la elaboración de una historia argentina, concebida en once volúmenes, cada uno a cargo de uno de los miembros la Junta de Historia y Numismática. La escritura del primer tomo, dedicado a la prehistoria y protohistoria, hubiese estado a cargo de F. Outes (Ravina 1995b: 72 y nota 52).

El Congreso de Americanistas aprovechó el centenario de la independencia del Brasil para, pasada la Guerra, volver a reunirse bajo el sol de Río de Janeiro en 1922. Este encuentro cobijaría las declaraciones de Ales Hrdlička, delegado de una numerosa delegación oficial norteamericana. Los once delegados oficiales, portadores de las 250 afiliaciones del mismo origen (museos, bibliotecas y universidades), se presentaban en Brasil para aprender, conocer algo del país y también “*to assist you in every way possible to establish lasting cooperation, and to aid you in stimulating, spreading and deepening scientific as well as popular interest in all those branches which fall within the scope of these Congresses*” (Hrdlička, 1924). En Río, las delegaciones francesas e inglesas se lamentaban de la reducción del número de participantes de sus países y los discursos de los delegados austriaco y dinamarqués hacían hincapié en las centenarias relaciones que unían a sus Estados con el brasileño. Este énfasis en las políticas académicas y diplomáticas entre los países era una novedad: mientras los países europeos hacían abstractos votos de futuro, Estados Unidos proponía la asistencia en el desarrollo de las ciencias en los países sudamericanos. Otras tendencias de 1910 se habían acentuado: los delegados peruano y argentino insistían en la importancia nacional del campo americanista. Martín Noel, delegado oficial de la Argentina, brindaba un pomposo discurso donde la arqueología moderna aparecía “no como una mera ciencia encargada de penetrar el valor de las edades fenecidas –sino que: por encima de este conocimiento trata de vivificarlo, despertando su propia esencia como una promesa del porvenir reflejada en el espejo de las realidades inmutables y eternas”.

---

<sup>25</sup> Los tiempos prehistóricos de la Argentina se clasificaban en los Periodos Paleolítico y Neolítico, y Edad del Bronce (pueblos históricos y sedentarios del Noroeste argentino).

Desde el Perú, la posición de la Argentina se juzgaba en los términos opuestos a los de Noel pero casi idénticos en cuanto al papel de la arqueología. Allí, al iniciarse la publicación de *Inca*, revista dedicada a la cuestión del Indio, el Rector de la Universidad de San Marcos destacaba: "Para algunos pueblos de América, como la República Argentina, el conocimiento de sus razas autóctonas casi extinguidas, representa una cuestión de satisfacción de curiosidad científica; para nosotros es asunto de actualidad palpitante y de consecuencias inmediatas. Las más oscuras indagaciones arqueológicas se revisten de nuevos aspectos al ser orientadas hacia el propósito de descubrir a través de la obra de Indio de la antigüedad, el fondo de su naturaleza y calcular sus tendencias y posibilidades en el porvenir. El Arte de los indígenas es un índice precioso de su mentalidad. Las diversas fuentes de conocimiento de su rara psicología, preparan aplicaciones directas para la formación de la pedagogía nacional" (Villagrán, 1923). Tanto para el rector de Lima como para Noel, la arqueología equivalía a la posibilidad de trascender las metas de la ciencia para, a través de la recuperación de los arcanos psicológicos conservados en las ruinas, intervenir en el gobierno del presente. Los norteamericanos, por su parte, asumiendo el liderazgo de la asistencia técnica, explicitaban una asimetría novedosa en la retórica del americanismo.

Hrdlička, en el programa académico del congreso de Río, remozaba su lista de "ejemplos ambiguos" de la antigüedad del hombre americano, impugnando las evidencias con los que algunos creían haberla comprobado. Según Hrdlička, este tema era un mero producto de la interacción de los amateurs con la exageración de la prensa. Paladín de la delegación norteamericana, encarnaba también la expansión de la idea sobre un poblamiento americano relativamente reciente y una historia precolombina mucho más corta que la supuesta en las obras de Uhle y de Ameghino. En la década de 1920 el problema de la antigüedad del hombre generó reuniones de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales y expediciones del Museo de La Plata y del Museo de Historia Natural de Buenos Aires con el fin de tratar de resolver el problema de la cronología de los restos arqueológicos. Durante la década de 1920, el DWV y la asociación cultural alemana organizaron una serie de conferencias y cursos a cargo de los principales representantes del profesorado alemán en las áreas del americanismo, la prehistoria y la antropogeografía (Podgorny, 2002). El panorama empezaba a cambiar: a la incorporación de los primeros vehículos motorizados en los equipos de los museos argentinos se sumaba la creación –en los años que siguieron a la Gran Guerra– de dos nuevas universidades nacionales: la de Tucumán y la del Litoral. Algunas regiones olvidadas por las exploraciones anteriores, cobraban nueva visibilidad. En Tucumán, Alfred Métraux (1903-1965) pretendía establecer un centro provinciano pero de relevancia internacional. Bajo la tutela del rector de la Universidad y el modelo austriaco de la revista *Anthropos*, este colega de Rivet y de Nordenskiöld, creó la *Revista del Instituto de Etnología*, donde por algunos años logró su cometido. Por otro lado, en el Litoral se nuclearon varios profesores italianos como José Imbelloni (1895-1978), y Joaquín Frenguelli (1883-1958). El primero, doctor en Ciencias Naturales de la Universidad de Padua, había logrado su título luego de haber obtenido el grado italiano de capitán de artillería por su participación la Gran Guerra. En 1921 fue nombrado profesor suplente de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y en 1922, de historia antigua en la Universidad del

Litoral. Allí compartía la enseñanza con Frenguelli, médico de los hospitales de Santa Fe, ex director del hospital Italiano de Córdoba y flamante profesor de geología y paleontología (1920), de geografía física morfológica (1922) en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad del Litoral y de geografía, geología y paleontología en la Escuela Normal de Paraná (1931). A ellos se sumaba Antonio Serrano (1899-1982), profesor de enseñanza secundaria graduado en la Escuela Normal de Paraná y suplente de Arqueología Americana de la Universidad del Litoral. Imbelloni y Frenguelli participarían, junto con Outes y Francisco de Aparicio (1892-1951), en la polémica sobre los restos de la zona atlántica gracias a una serie de investigaciones promovidas por esta institución. Imbelloni en 1928 decía refutar la poca antigüedad atribuida por Hrdlička a los restos descritos por Ameghino (Daino, 1979); mientras tanto Boman –ahora miembro del Museo de Buenos Aires–, publicaba su juicio crítico sobre los restos arqueológicos de Miramar, comparándolos con los acervos culturales de los indígenas históricos. Poco antes de morir, insistiría en la unidad y homogeneidad somática, lingüística y patrimonial de los diaguitas. La excavación de Ambrosetti de la Pampa Grande seguía siendo el blanco de sus ataques: según Boman la opinión de aquel sobre el hallazgo de dos cementerios superpuestos, uno más antiguo que el otro, no se podía observar “en la realidad”. Para Ambrosetti, recordemos, esta excavación habría dado la primera prueba estratigráfica para distinguir épocas distintas en la arqueología calchaquí. Boman, en cambio, afirmaba taxativamente: “*Nunca he podido encontrar nada que se podría probar fuese más antiguo o más moderno que otra cosa*” (Boman, 1923). Sus críticas apuntaban, sobre todo, a Debenedetti, director del Museo Etnográfico y autor de una comparación de la cronología de Pachacamac con Tiahuanaco y los restos arqueológicos del noroeste.

Boman se emparentaba con la línea de interpretación que amalgamaba la descripción etnográfica con la arqueología de una región. Tal idea era sostenida, entre otros, por Nordenskiöld, quien en 1927 presentaba en Berkeley los principios específicos del estudio de la cultura de los indios de América del Sur<sup>26</sup>. Carentes de registros escritos, sin signos gráficos como los mayas de Yucatán o los aztecas de México, con tradiciones históricas válidas solo para el Perú, el conocimiento solo podía proceder de las excavaciones arqueológicas, de los estudios hechos –o por hacer– sobre la cultura material y espiritual (“mental”) y de las peculiaridades raciales de las tribus aborígenes<sup>27</sup>. Para Nordenskiöld, sin embargo, la prioridad estaba en la recolección de materiales de las tribus contemporáneas: el material viviente (“*the living material*”) corría el riesgo de perderse y los indígenas todavía ocultos en la inmensidad del continente podían ser contaminados

<sup>26</sup> Basadas en “La historia cultural de los indios de América del Sur”-1912 (Nordenskiöld 1999: XIII).

<sup>27</sup> “*It is impossible in South America to make a sharp distinction between archaeology and ethnography, for the archaeologists are in the curious position of not having succeeded in finding the traces of any inhabitants on a lower level of culture than is possessed by some tribes still living there, such as the Botocudo and the Ona (...) in America; its historical era is very short and much of the archaeological material obtained from graves and old dwelling-places is not more than a few hundred years old. Archaeology and ethnography should, therefore, be studied together in America; this applies especially to the archaeology that aims at reconstructing the condition of Indian culture in different parts of the country at the time of Discovery; in parts where now, thanks to the Whites, it has been lost or greatly changed*” (Nordenskiöld 1999: 1-2).

por la cultura de los blancos. Las tribus del pasado, en cambio, estaban protegidas por sus tumbas. Esta jerarquía estaba dada por el objetivo del estudio de la cultura indígena: dar un cuadro lo más exacto posible de la misma en el momento del descubrimiento de América tratando de eliminar todos aquellos elementos de cultura adoptados con posterioridad. La reconstrucción de la cultura indígena verdadera traía como consecuencia la posibilidad de comprobar cuán lejos esta había llegado en su propio desarrollo antes de la llegada del hombre blanco. La arqueología de “los diaguitas” quedaría marcada por muchos años más por esta reducción de lo arqueológico a lo etnográfico y a los textos de las crónicas coloniales.

#### IV TEORÍA Y REGIÓN

El año 1930 está asociado a grandes cambios en la política y en la composición de las universidades argentinas. En el caso de la antropología, las intervenciones institucionales se combinaron con las jubilaciones de Lehmann-Nitsche en 1930 y de Torres en 1932, y con la interrupción de la línea de sucesión de antropólogos y el nombramiento de un geólogo para la dirección del Museo de La Plata. La década se inició con la muerte de Debenedetti en el viaje de regreso del Congreso de Americanistas de Hamburgo y finalizaría con las de Torres, Lehmann-Nitsche y Outes. En estos años, la clasificación regional de las antigüedades y sociedades indígenas pierde definitivamente su carácter provisorio para adquirir significado como determinación del medio en la configuración de la cultura y los tipos humanos aborígenes. A ello confluye también el fomento de las instituciones académicas en las provincias argentinas y la promoción del estudio de las culturas regionales. Outes asumió la Dirección del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires, vacante por la muerte de Debenedetti, fijándose como objetivo prioritario su reorganización sobre la base del criterio geográfico. Outes transformaría el Instituto de Investigaciones Geográficas –que había dirigido hasta entonces– en el Departamento de Antropogeografía, una sección central del rebautizado “Museo antropológico”<sup>28</sup>. En el mismo volumen donde se presentaban los nuevos objetivos del Museo, Imbelloni publicaba un capítulo de su obra en preparación: *Epitome de culturología* (1936). Para entonces, el profesor del Litoral era adscripto *ad honorem* del Departamento de Antropología física y Paleontología humana, y se proponía presentar un método identificado con el siglo XX para el estudio de la relación entre el hombre y la civilización: el método histórico-cultural (cf. Kohl y Pérez Gollán, 2002).

En La Plata, Ricardo Levene, actuando como Presidente de la Universidad, inauguró en enero de 1933 la publicación de “Teoría”, una serie de la editorial universitaria dedi-

<sup>28</sup> “Antropológico” se usaba como “término elástico, universalmente admitido, y que, sin percatarse de sutilezas metodológicas, comprende a las ciencias del hombre”. Finalmente el Consejo Directivo de la FFyL aprobó “Museo etnográfico y antropológico” (Outes, 1931: 19 y Nota 2).

cada a traducir las “obras de autores no latinos sobre la ciencia y la filosofía contemporáneas”. “Teoría” incluyó la traducción de las obras más diversas: *Gesellschaftslehre* (1923) de Alfred Vierkandt (traducida como *Filosofía de la sociedad y de la historia* en 1934), *Ancient Society* de Lewis Morgan, y *Methode der Ethnologie* de Fritz Graebner (1940), prologadas, la primera por el mismo Levene y la segunda por Alfredo Palacios. Las obras de Vierkandt y Graebner fueron traducidas por el bibliotecario de la Universidad, el etnólogo español Salvador Canals Frau (1893-1958), antiguo estudiante de la universidad de Frankfurt. Levene, en su prólogo, cuestionaba a quienes tomaban a la sociología como una medicina social “sin el estudio puro y desinteresado de la Sociología como Ciencia y Filosofía” (Levene, 1934)<sup>29</sup>. Sin embargo, la sociología no dejaba de ser una herramienta para conocer el presente y “para edificar una política racional, dirigiendo las fuerzas sociales argentinas”. En su curso de La Plata Levene trataba de la Sociología general y de la nacional e iberoamericana y definía “la necesidad de crear y estudiar el alma nacional, sobre todo ante la frivolidad del viajero que nos visita y habla del carácter argentino desconociendo su proceso de formación y sus múltiples influencias”<sup>30</sup>. Fernando Márquez Miranda (1899-1982), profesor de la universidad de La Plata, prologó el “Método etnológico”, publicado en alemán en 1911 pero contemporáneo y de máxima importancia para las disciplinas etnológicas locales de 1930. El método de Graebner había llegado a América del Sur en la versión francesa de Paul Rivet, planteando el requisito del control de las correspondencias entre un pueblo y otro a través de los caracteres corporal, lingüístico y patrimonial. Esta obra señalaba dos rumbos: un método basado en la crítica histórica de Bernheim –tema caro en la época– y la sistematización de los círculos culturales propuestos en 1905. La publicación castellana salía al cruce de problemas similares a los de 1910: la antigüedad y origen del hombre –transformados en el problema del hombre paleolítico y del poblamiento americano–; la posibilidad de establecer centros de civilización y de distinguir lo verdadero de lo falso. Asimismo, surgía una nueva preocupación: la reclasificación de las “razas” americanas para impugnar la idea sostenida en los Estados Unidos de un homotipo único. Los discursos de 1910 celebraban el viaje americanista como práctica de conocimiento; para 1930, como Levene recoge en su prólogo, se impugnaban las conclusiones de los viajeros. Esta descalificación se refería a la sociología nacional y no alcanzaba a las empresas científicas basadas en la observación fugaz de otras sociedades.

La publicación de estas obras teóricas coincidía con la desaparición del objetivo central de las arqueologías de la primera década del siglo: el establecimiento de cronologías relativas. Más allá de los debates asociados a las mismas, esta ruptura puede también buscarse en la discontinuidad resultante de la falta de tradiciones discipulares. La edición de trabajos, la realización de encuentros nacionales e internacionales, el reconocimiento público de la disciplina y la creación temprana de cátedras y museos podrían llegar a oscurecer un hecho determinante de la institucionalización de estas ciencias: la

---

<sup>29</sup> Cf. Lindemann (1986). La selección de *Gesellschaftslehre* fue dirigida por Francisco Romero, quien, con la ayuda de su estudiante Najmen Grinfeld, también intervino en la corrección de la traducción.

<sup>30</sup> “Los frívolos viajeros” se refiere a Ortega y Gasset, Waldo Frank y al conde de Keyserling.

imposibilidad de reproducción de los arqueólogos argentinos a través de la cátedra y la universidad. Así, en el caso del Museo de La Plata<sup>31</sup>, las Cátedras de Arqueología y Etnografía Americana existían desde el establecimiento de la Universidad en 1906. “Arqueología” estuvo virtualmente a cargo de Debenedetti (1912-1930), dictándose para un alumno por primera y única vez en 1915. Torres –jefe de la Sección Etnografía del Museo desde 1911 hasta su jubilación– la fusionó entonces con la cátedra de Etnografía, de la que fue adjunto entre 1912 y 1915, cuando asumió la titularidad. Al producirse la vacante en 1932, Milciades A. Vignati (1895-1978), se ofreció para hacerse cargo de la misma, pero en 1933, a propuesta del Consejo Académico, se nombró a Márquez Miranda –profesor de prehistoria en la Facultad de Humanidades– como jefe interino *ad-honorem*. En el plan de estudios vigente desde 1926, la asignatura de Etnología y Arqueología Americana se dictaba para los estudiantes de cuarto año inscriptos en la orientación antropología, cosa que nunca sucedió hasta 1934<sup>32</sup>. Con la excepción del caso de Ambrosetti/ Debenedetti, los cargos en las cátedras argentinas no se reemplazaban por los discípulos (inexistentes) del profesor saliente, sino por profesores formados en otras disciplinas e instituciones, circunstancia que ayudaría a crear las condiciones para la discontinuidad de las tradiciones y temas de investigación.

En La Plata se daría una situación paradójica: mientras las ciencias antropológicas van siendo marginadas por la falta de alumnos y por el cambio de orientación de la dirección del Museo, la ciudad alberga la reunión del XXV *Congreso Internacional de Americanistas* cuyas actas se publican a través de la erogación de 7000 pesos obtenidos de un fondo especial de la Universidad (CIA, 1934). La decisión de realizar el Congreso en La Plata, festejando el medio siglo de la ciudad, se había tomado casi simultáneamente al golpe de Estado: en septiembre de 1930, Lehmann-Nitsche y Debenedetti, delegados argentinos al Congreso de Hamburgo, expresaban la voluntad de las autoridades universitarias argentinas para organizar la próxima sesión en la Universidad de La Plata. Respetada la resolución, las autoridades del congreso de 1932 no coincidieron con quienes habían respaldado la propuesta en 1930. A las jubilaciones y reemplazos locales se agregaban la muerte reciente de muchos de los abonados europeos y las zozobras presupuestarias y políticas. La crisis de los congresos, atribuida por Levene a la especialización de las ciencias, se traducía en una ínfima delegación norteamericana y en delegaciones constituidas por los embajadores y por los miembros corresponsales argentinos de las sociedades eruditas sudamericanas. Los discursos inaugurales soslayaron la particularidad del momento político; solo el embajador español se refirió explícitamente a la situación de su país para destacar el lugar del americanismo en la nueva República Española.

El Congreso de Americanistas consideró el problema del hombre fósil de las Pampas argentinas como tema oficial de la sesión plenaria (Frenguelli, 1934), una cues-

<sup>31</sup> Los párrafos siguientes están basados en S. García “Datos m.s. para la elaboración de su tesis de doctorado” a quien agradezco su colaboración.

<sup>32</sup> En el Consejo Superior hay dictámenes contra el mantenimiento de esa materia, principalmente porque carecía de alumnos. Para los pocos estudiantes interesados, se encargaban programas y cursos especiales (García “Datos m.s.”).

ción actualizada en la década de 1920 por los hallazgos en África y en Asia de “nuevas” industrias paleolíticas. Frenguelli, a cargo del discurso magistral, subrayaba el estado insatisfactorio de la cuestión de la antigüedad del hombre en la Argentina. El panorama retrospectivo descubría que “después de haber despertado entusiasmos, discusiones y polémicas, poco a poco ha ido perdiendo interés y por fin olvidado”. En 1932 se empezaba a hablar de dos escuelas enfrentadas e identificadas con los dos hemisferios americanos: una liderada por Ales Hrdlička en el norte y, la otra, por los “injustamente considerados seguidores de Ameghino” en el sur. Mientras la primera postulaba un poblamiento reciente a través del estrecho de Behring, la segunda, creía poder demostrar la remota edad del hombre americano. Para Frenguelli, los estudios de Rivet e Imbelloni sobre un poblamiento continental realizado también por el Pacífico tampoco cerraban la cuestión. Uhle, por otro lado, había descartado el autoctonismo del hombre americano y de los restos humanos hallados en los sedimentos “terciarios” de las Pampas argentinas. A pesar de ello, dada la extrema diversidad de lenguas, tribus y civilizaciones, Uhle admitía la existencia de americanos muy antiguos. Frenguelli protestaba frente a la exclusión de América en la obra de Menghin (1931), defendiendo la presencia en las capas pampeanas de los restos de una vieja humanidad cuya existencia ya no se podía desconocer y “cuya importancia reclama el puesto que merece en la discusión del problema de la antigüedad y del origen de los pobladores de América”. Frenguelli bregaba por el derecho de América del Sur a ingresar en la “ecumene paleolítica”, recurriendo a la geología y a la paleontología locales pero también a la comparación con las industrias descubiertas por Leakey en África y los pedernales de Ipswich y de Chu-Ku-Tien. En el África austral, en la misma época, el hombre había vivido asociado a fauna terciaria: estos primitivos podrían haber arrancado desde allí para, luego de recorrer un derrotero continental sudatlántico, aislarse en este rincón sudamericano. Frenguelli sustentaba parte de su argumento en la sugerente teoría de Wegener<sup>33</sup>, fundamento inútil para los Estados Unidos, donde los geólogos, casi sin excepción, habían rechazado la idea de una deriva continental<sup>34</sup>. Los geólogos de África del Sur y del cono sur americano, por el contrario, suministraban evidencias para dicha hipótesis, discutiendo las ideas imperantes en los Estados Unidos y buscando conexiones entre las evidencias recolectadas a ambos lados del Atlántico<sup>35</sup>. Por otro lado, Frenguelli discutía otra de las evidencias utilizadas para invalidar la antigüedad del hombre americano: la semejanza de los instrumentos antiguos con los del acervo del indígena moderno<sup>36</sup>. La persistencia de tipos líticos en toda la profundidad geológica de la pampa no era un fenómeno extraordinario: este “estancamiento” había sido detectado por Uhle en todo el territorio americano y por H. Breuil

<sup>33</sup> Mendes Corrêa (1928) tomó a Wegener para proponer un poblamiento sudamericano a través de la Antártida.

<sup>34</sup> Wegener (1996) había propuesto que los continentes y océanos se habían formado gracias a la deriva de las masas terrestres a partir de un único continente denominado Pangea. Cf. Oreskes (1988).

<sup>35</sup> Esta posición sería señalada pocos años más tarde por Imbelloni, quien con respecto de la obra de Hrdlička, definía que la posición de la antropología argentina le era por completo adversa (Imbelloni, 1939).

<sup>36</sup> Boman se contaba entre quienes habían recurrido a este argumento.

en otras regiones del planeta. Frenguelli iba mucho más allá de esta aparente persistencia milenaria de las formas primigenias y esgrimía las diferencias detectadas en los acervos culturales de las distintas capas geológicas. La auscultación de la pampa mostraría el progreso ocurrido en ella si la antigüedad del hombre se planteaba como una cuestión esencialmente geológica asociada a la defensa de una escuela austral reñida con la norteamericana.

El Congreso de Americanistas de La Plata de 1932 se clausuraba con la visita a las nuevas salas de arqueología y de etnografía del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires. El director Martín Doello Jurado y sus colaboradores –Eduardo Casanova (1903-1977), jefe de la sección de Arqueología y Enrique Palavecino (1903-1966), jefe de Etnografía– podían por fin exhibir las colecciones almacenadas en las dos primeras décadas del siglo. En el Congreso de 1932, Palavecino presentó su clasificación etnográfica de las áreas culturales del territorio argentino, adoptando el criterio económico de P. Ehrenreich y W. Schmidt, para ordenar el patrimonio material de las distintas etnias. De ella resultaban las áreas de los pueblos recolectores y cazadores de economía parasitaria y las de los agricultores y pastores de economía simbiótica<sup>37</sup>. Doello Jurado, por su parte, celebraría la colaboración entre los tres museos nacionales y los centros provinciales: el Museo provincial de Paraná, dirigido por Serrano, el Instituto de Etnología de Tucumán y el museo de los hermanos Emil y Duncan Wagner de Santiago del Estero, los descubridores de un tipo cerámico de gran belleza “digno de admiración y estudio”. Este congreso consolidaría la tribuna académica de aquellos hallazgos, difundidos desde fines de la década anterior mediante artículos en los diarios, conferencias en las instituciones porteñas y el apoyo de los museos nacionales (Imbelloni, 1934, Greslebin, 1934).

En abril de 1936 se establecía la Sociedad Argentina de Antropología, la primera corporación de antropólogos del país, de constitución relativamente tardía respecto de las 68 asociaciones análogas del resto del mundo (Sparn, 1934)<sup>38</sup>. Los diez miembros activos y fundadores de la Sociedad coincidirían, con las excepciones de Outes y de Frenguelli, con los autores del tomo I de la *Historia de la Nación Argentina*. Sus estatutos apuntaban a consolidar una asociación de especialistas en antropología, entendiendo por ello “las personas que se dedican a la investigación en alguna de las ramas de la Antropología (antropología física, etnología, etnografía, lingüística, arqueología, etc.), como objeto principal de su actividad, y que además de haber producido obras meritorias, han seguido esas actividades con carácter profesional” (SAA 1936). Sin embargo, la realidad llevó a constituir la con “interesados”: a un año de establecida contaba con diez

<sup>37</sup> Palavecino en 1931 había iniciado el dictado de un curso en el Museo sobre los distritos culturales del territorio argentino. Para ese fin agrupaba las referencias etnográficas (históricas o actuales) con las arqueológicas, distinguiendo las siguientes áreas: de los pescadores canoeros de la costa sudpacífica, de los cazadores de Tierra del Fuego, de los cazadores de guanaco de la Patagonia, de los pueblos del Chaco, de la Quebrada de Humahuaca, del Noroeste argentino, de los Comechingones, del Chaco Santiagueño, de Candelaria-Valle de Lerma-Rosario de la Frontera, de la Candelaria-Arroyo del Medio-Litoral

<sup>38</sup> En el CCIA de 1910 ya se había propuesto la creación de una sociedad semejante.

socios activos y 21 adherentes; por ende, en 1937 los nuevos estatutos suprimían el concepto de especialista, y, para ser socio activo, bastaba “interesarse por sus actividades”. Gracias a la supresión del “factor paralizante del crecimiento de la Sociedad”, en un año se incorporaron 36 nuevos socios. La Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, por su lado, continuaba nucleando la sociabilidad de los antropólogos y promovía el desarrollo de las disciplinas en los centros provinciales: en abril de 1937 se había convocado en Mendoza su Segunda Reunión, con una sección de Zoología y otra de Antropología, presidida por Vignati y Casanova (Sin Autor, 1939) quienes expresaban su satisfacción a raíz de la calidad de los trabajos leídos.

## V

### LA HISTORIA DE LA NACIÓN ARGENTINA

En septiembre de 1936, durante la realización del XIV Congreso Internacional del Pen Club reunido en Buenos Aires, se presentaba el Tomo I de la *Historia de la Nación Argentina*. La publicación de la serie contaba con un subsidio de 175.000 pesos otorgado mediante el acuerdo de todas las bancadas del Congreso Nacional. En el debate de 1934, los socialistas habían dejado asentada su doctrina histórica y económica, y el papel pedagógico y popular otorgado a la historia. Por un lado, no manifestaban inconveniente en confiar esta ansiada obra de síntesis a la Junta, “un organismo libre y prestigioso, fuera de la influencia oficial dominada por la reacción de las clases dirigentes”. Entregando la redacción a “un grupo de hombres con una educación científica y con una preocupación objetiva e impersonal, a un grupo de profesores, a una institución equidistante de los partidos en lucha, de los intereses en juego, de los intereses y de las pasiones políticas actuales” se escaparía de una historia escrita por las clases privilegiadas. Los Socialistas, asumiendo –en términos nada materialistas– la existencia de “la luminosa tradición liberal y democrática del pasado argentino”, sostenían que los historiadores en general, y lo católicos en particular debían plegarse ante los fundamentos económicos y el sentido laico de la historia argentina. La bancada socialista parecía quedar atrapada en un discurso que, para definir los mecanismos de la historia, oscilaba entre los sistemas de producción y las tradiciones liberales del país.

El primer volumen se estructuraba en dos partes: “el hombre prehistórico”, a cargo de Frenguelli y Vignati, y la sección dedicada a los aborígenes prehispánicos e históricos, escrita por Imbelloni, Casanova, Márquez Miranda, los hermanos Wagner, de Aparicio, Palavecino y Serrano, es decir, los profesionales de los museos nacionales y provinciales del país<sup>39</sup>. El tomo I creaba la ilusión de la totalidad del conocimiento arqueológico del territorio argentino, a pesar que, como los autores reconocían, había zonas del

---

<sup>39</sup> Imbelloni (numerario desde 1937), Serrano y Vignati eran miembros de la Junta desde 1926, 1936 y 1931. Los dos primeros ingresaron como miembros correspondientes en representación de Entre Ríos.

país olvidadas por quienes habían explorado el país. Los capítulos, organizados por regiones<sup>40</sup>, unían los testimonios etnográficos y etnohistóricos con los restos provenientes de las exhumaciones arqueológicas para definir el patrimonio cultural de la región correspondiente. La organización de este volumen, al asumir la asociación entre medio, cultura y región, adoptaba un criterio de organización ausente en el resto de la obra que, por el contrario, se estructuró cronológicamente. Sobre este aspecto se fundaría una de las críticas dirigida al conjunto de la “Historia”: el vicio orgánico de ignorar “la acción de las regionalidades provinciales” como base para la comprensión de la historia nacional (Pompert de Valenzuela, 1995).

En diciembre de 1936 Outes –responsable de la prehistoria en la propuesta de 1918 y promotor principal de la Sociedad de Antropología– renunció a la Junta de Historia y Numismática, en desacuerdo con el plan del tomo propuesto por Imbelloni y Vignati. La renuncia de Outes despertó la ira de los otros miembros de la Junta: todos –salvo Levene– destacaron su poca participación y lo desatinado de la crítica a una obra escrita por “los mejores técnicos” y reseñada con beneplácito en la mayoría de los medios<sup>41</sup>. En efecto, las recensiones del primer volumen coincidieron en destacar su valor, aunque –como destaca Quattrocchi-Woisson– la revista católica *Crisol* señaló el desprecio despertado por la presencia de las culturas aborígenes (Quattrocchi-Woisson 1992, 1995). Para *Crisol* “las razas aborígenes constituían un elemento extranjero al nacimiento y desarrollo de la patria”: la inclusión de los estudios etnológicos y arqueológicos de las mismas respondía a un inadmisibles criterio naturalista. Los Socialistas, recordemos, habían expresado durante el debate sobre el apoyo a la obra: “las principales leyes de la historia se estudiaron y descubrieron en las sociedades prehistóricas, que por la simplicidad de su vida permiten conocer mejor cuáles son los factores fundamentales del progreso”. En los oídos de *Crisol* –gracias a la sinonimia establecida en la cultura argentina entre “aborígenes”, “tiempos prehistóricos” y “la determinación racial y ambiental”– la inclusión de los indios resonaba como la realización de los deseos del materialismo local.

Una inclusión que, en el presente, causaba otros problemas: contra todas las predicciones de 1910, los indios seguían vivos pero el número de antropólogos –a pesar de la temprana institucionalización de esta disciplina– se mantenía casi constante desde entonces. Las cátedras sin alumnos y la imposibilidad de formar discípulos permanecían como temas innombrables en los foros públicos; la supervivencia de los indígenas, por

<sup>40</sup> Los capítulos del volumen eran los siguientes: Primera parte. El Hombre prehistórico: La serie geológica de la República Argentina en sus relaciones con la antigüedad del hombre, y Los restos humanos y los restos industriales. Segunda parte. Los aborígenes prehistóricos e históricos: Lenguas indígenas del territorio argentino, Las culturas indígenas del Noroeste (Quebrada de Humahuaca –altiplano andino– La antigua provincia de los Diaguitas, Las llanuras de Santiago del Estero, La antigua provincia de los Comechingones), Las culturas indígenas del Chaco (Culturas aborígenes del Chaco); Las culturas Indígenas del Río de la Plata (El Paraná y sus tributarios, Los tributarios del Uruguay), Las culturas indígenas de la pampa, y Las culturas indígenas de la Patagonia (Las culturas indígenas de la Patagonia, Culturas indígenas de la Tierra del Fuego).

<sup>41</sup> Sesión del 5 de diciembre de 1936, Actas de la JHNA, Tomo IV, folios 151-154. Buenos Aires, ANH. Agradezco a Aurora Ravina y a Andrea Pegoraro el acceso a este documento.

su parte, mantenía congeladas las actitudes de sus “observadores” y creaba repeticiones. En el Congreso de Americanistas de 1932 se insistiría, como en 1910, en la creación de reservas; en 1939 una troupe de cuarenta indios Maccás había sido trasladada a Buenos Aires por una empresa comercial para exhibir en La Rural a los “hijos de los bosques, en los que el progreso parece haberse detenido hace centenares de años”. La exhibición atrajo al público interesado pero también al personal de las secciones Antropológica y Etnográfica del Museo Argentino de Ciencias Naturales que, como Lehmann-Nitsche en 1905, “*aprovechó para realizar, dentro de lo posible, observaciones y mediciones*” de la tribu (Palavecino, 1939). Para mediados de la década de 1930, las revistas superponían las denuncias del exterminio de los onas, con los espectáculos como el de La Rural, la valorización de la obra de los misioneros en el Chaco y la mención a las políticas de la Unión Soviética para la incorporación de las minorías de la tundra siberiana. Las preguntas de la década trataban de definir qué era un indio<sup>42</sup>, de saber si la población indígena tendía a disminuir o a aumentar y de qué hacer con ellos. Preguntas que, como veremos, algunos se hacían también sobre los arqueólogos y antropólogos del país.

A propósito de la posible extinción de la antropología argentina, en 1939 Palavecino proponía en la Sociedad de Antropología elevar una nota a Frenguelli –ahora director del Museo de La Plata– para solicitarle diera mayor importancia a estas disciplinas en el plan de estudios en preparación. El aumento sustancial del número de estudiantes interesados en la carrera de geología, ligado a las becas y a la promoción de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), resultaría en la reforma del plan en 1941<sup>43</sup>. Allí se establecieron dos orientaciones divergentes a partir del tercer año, una en ciencias geológicas, la segunda en biología, con “Antropología física” en el segundo año del ciclo general, y “Etnografía y Arqueología americanas” como asignatura obligatoria para los estudiantes de biología. Esta fragilidad de las disciplinas antropológicas en la universidad se acompaña de distintos apoyos estatales para el desarrollo de las mismas: la Sociedad Argentina de Antropología logró un subsidio de 2000 pesos del Congreso de la Nación para la edición de un boletín y la difusión de su obra cultural<sup>44</sup>, meta compartida con la Comisión Nacional de Cultura, establecida en 1933 “al servicio de los investigadores, de los hombres de ciencia, los artistas y los escritores, para proteger y estimular a las altas manifestaciones de la cultura” (CNC, 1936, 1937, 1938, 1939). La Comisión –integrada por un representante de cada una de las Cámaras del Congreso, el rector de la Universidad de Buenos Aires, el presidente del Consejo Nacional de Educación, de la Sociedad Científica Argentina y de otras asociaciones profesionales– otorgaba premios y becas, en el país y en el extranjero. Los premios se distribuían por grupos de disciplinas pero también existía una categoría especial para la “producción

<sup>42</sup> A fines de la década de 1930, en los Estados Unidos, “indio” era quien vivía en una reserva bajo la tutela del Estado; en México, se aplicaba a quien hablaba un idioma indígena.

<sup>43</sup> Estos párrafos sobre las cátedras y planes de estudio se basan en García (“Datos m.s....”).

<sup>44</sup> Los fondos de la Sociedad de Antropología procedían de la cuota de los socios y de donaciones de Outes para la realización de excursiones y la edición privada de sus discursos. Con el objetivo de intensificar los estudios antropológicos, además de estos viajes a zonas cercanas a la capital, se realizaban cursos prácticos de fotografía y comidas de cordialidad entre sus miembros.

científica y literaria regional”, según las siguientes zonas: Norte y Andina, del Litoral, del Centro, Cuyo, de la Pampa y Patagonia, cada una con su propio jurado. Coincidiendo con el tratado firmado entre Brasil y la Argentina, Serrano recibió una beca (8000 pesos anuales) para la búsqueda de material arqueológico, etnológico e histórico en Porto Alegre, San Pablo y Río de Janeiro y la preparación de un futuro trabajo sobre las vinculaciones étnicas entre los dos países (CNC, 1936)<sup>45</sup>. La Sociedad de Antropología en 1940 cuestionaba la constitución de los jurados para los premios regionales, proponiendo reunir especialistas afines. Antes, Vignati había solicitado la intervención de la Sociedad para incluir a la antropología en la lista de disciplinas premiadas por la misma, es decir, la historiografía, la filosofía, las letras, el folklore, la arqueología y la geografía. Esta ausencia señalaba el rumbo de los premios: dejando de lado “los aspectos naturalistas” de las ciencias del hombre, promovía aquellos estudios con los que se definiría la riqueza cultural regional.

En este marco debe entenderse la subvención otorgada a los hermanos Wagner para proseguir con la búsqueda de material arqueológico en las planicies boscosas de los últimos contrafuertes de la cordillera de los Andes hasta las riberas del Río Paraná (CNC, 1938: 53). El prólogo de Bernardo Canal Feijóo y Mariano Paz a *La civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo* de los hermanos Wagner (Wagner, 1934) no retaceaba elogios (cf. Gorelik, 2001). Allí se celebraba el triunfo de los Wagner frente a los fragmentos del pasado: *“Por primera vez, al menos en la esfera circunscripta de la arqueología, aparece presentada esta materia como campo de gusto y de excitación espiritual que la coloca al alcance de cualquier entendimiento (...) En general, la arqueología ha sido para los arqueólogos como un encalladero fatal en la derrota de la investigación del pasado. Cada uno se sentía demasiado dispuesto a aceptar como fin y sentido absoluto del viaje el arrecife donde había varado su navecita. Este absurdo confinamiento en islas perdidas, confería a los estudios un aspecto de brega encerrada y estéril, de vicio solitario de inteligencia sin simpatía humana, que los substraía del verdadero interés de la cultura, en el sentir corriente”*. Críticas similares se escucharían en el *Congreso de Historia de América*; donde un despechado Martín Noel (1938) atacaba a los arqueólogos argentinos por estar solamente preocupados por la adquisición de más conocimientos científicos. Esta desilusión frente a los resultados de la arqueología moderna no hacía más que expresar un tema propio del Siglo XX: el desencanto ante a la imposibilidad de la ciencia de suministrar algo más que fragmentos. Para aquellos comprometidos en la redacción de las “grandes tradiciones de cada pueblo”, los arqueólogos aparecían como incapaces de escapar a la mera descripción de los incontables sitios donde el pasado había dejado su huella. En este marco, la obra de los Wagner gozaría de sus años de gloria: editaban “la obra más cara publicada en la arqueología argentina”, sus conferencias y entrevistas serían publicitadas en todos los diarios del país y los hallazgos, acogidos por las instituciones porteñas y por la *Historia de la Nación*. La existencia de un centro de radiación de arquetipos universales y de deidades ornitomorfos en Santiago del Estero terminaría en 1939, durante la prime-

<sup>45</sup> Héctor Greslebin, por su parte, recibiría una beca en el país (4000 pesos anuales) para realizar excavaciones en 1938 en la Tambería del Inca (Chilecito, La Rioja) (CNC, 1937 y 1939: 40).

ra semana antropológica organizada por la Sociedad Argentina de Antropología. El título de la convocatoria presagiaba el resultado y la intención de volver a colocar a los fragmentos en su lugar: “Los aborígenes de Santiago del Estero”. La ausencia de Emil Wagner –uno de los socios fundadores activos– diluyó el tan esperado debate: todos estaban de acuerdo en la poca antigüedad y en el carácter derivado de estos restos con respecto de la cultura y raza andinas y atribuían este error a la intervención de los medios y de los hombres de letras.

Los medios y los escritores no eran los únicos factores del descontrol de las antigüedades. En la década de 1930, Frenguelli (s/f) polemizaba con Serrano sobre las alfarerías del arroyo de Leyes de la provincia de Santa Fe. Este paradero había sido descubierto por un caballero de la capital de la provincia quien había realizado excavaciones, acompañado por familiares y la señora Larguía de Crouzailles –de la filial santafecina de la Sociedad Científica Argentina. En 1933, otro residente de Santa Fe, emprendía su propia cosecha de materiales, comprando a uno de los pescadores de los albardones del Leyes un sinnúmero de representaciones plásticas, vasijas y cacharros enteros. El coleccionista las puso a disposición de Serrano quien distinguiría en ellas tres manifestaciones culturales. Aparicio y Frenguelli tomarían cartas en el asunto, publicando un artículo en *El Litoral*, periódico de Santa Fe, y denunciando el peligro de las falsificaciones del Leyes. Mientras Serrano reaccionaba furioso desde Paraná, Frenguelli se limitaba a probar que parte de ese acervo, decorado con dedales de coser y tapitas de botella de agua mineral, era simplemente falso. Frenguelli sentenciaba: la avidez de los coleccionistas despierta “la avaricia de los lugareños, origen de la industria de los seudocacharros, que constituye para ellos un verdadero *modus vivendi*”.

Como sugerimos anteriormente, los hallazgos arqueológicos y las falsificaciones son dos empresas que se desarrollan paralela y competitivamente. Pero entre las falsificaciones fabricadas y comercializadas en Buenos Aires a principios de siglo y las del arroyo Leyes, mediaba el desenvolvimiento del veraneo y de las excursiones en el campo para las clases medias, gracias al ferrocarril y a la expansión del automóvil, los autobuses, la industria del turismo y la promoción de las culturas regionales<sup>46</sup>. Por esos años, al lado del turismo se desarrollaban “*modestas actividades económicas que nos recuerdan tiempos de la vieja industria casera*” (Ardissone, 1937). En la región curativa de las Sierras de Córdoba, los veraneantes –“uniformados en sus gustos y necesidades, faltos de características, desnacionalizados”–, buscaban regresar a la ciudad con algo del exotismo del color local. Estos negocios pintorescos del veraneo cordobés –venta de peperina, de cactáceas y “calchas” de Catamarca– se celebraban como la venganza de las regiones contra el cosmopolitismo urbano. Curiosamente, como en el caso de las alfarerías del Leyes, la venganza de lo pintoresco alcanzaba a quienes trataban de elevarlo a característica regional.

El descontrol de las antigüedades parecía contraponerse a la organización de la Historia. En enero de 1938 se constituía la Academia Nacional de la Historia y la

---

<sup>46</sup> Ford y General Motors se instalaron en la Argentina alrededor de 1920 (Ballent y Gorelik, 2001).

Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos (Levene, 1942). Para 1944, habiendo mediado la sanción en 1940 de la ley 12.665 sobre Museos, Monumentos y Lugares Históricos, se habían “creado” 131 monumentos y 67 lugares “*donde habían ocurrido sucesos de significación en la historia*” (Levene, 1944). En la lista figuraban las “ruinas de la ciudad de Tolombón”, como única referencia a un resto prehispánico. El motivo de la inclusión de este “importante hallazgo arqueológico” se debía a su relación con la historia de la conquista. Por otro lado, en los territorios nacionales de La Pampa, Neuquén y Río Negro, casi todos los lugares históricos propuestos por los respectivos delegados<sup>47</sup> se referían a la “Expedición al Desierto” de 1879 o a hechos ligados a los avances contra los indios a partir de 1881. Aunque la Comisión de Monumentos parecía actuar de acuerdo con la reacción de *Crisol*, en otros círculos del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública se promovía el culto a la resistencia indígena: entre ellos el proyecto de monumento a los indios quilmes, en la ciudad de este nombre, cuya piedra fundamental fue a buscarse en las montañas de Catamarca. Un comité de estudiantes partió hacia el “refugio a estos indios”, donde coleccionaron rastros de alfarería indígena para el “Museo Arqueológico Quilmes”. La colección de “*objetos característicos de la región*” se combinaba con el estudio de la geografía de “*estas partes tan poco visitadas del país*” (SCA, 1935: 47-48). En 1927 Lehmann-Nitsche se había referido a la colección de esqueletos indígenas de La Plata como ‘panteón’ de los héroes autóctonos que defendieron el suelo patrio de la pampa contra los intrusos invasores de raza ajena como algo de interés especial para la historia argentina.

El cinematógrafo, las ediciones dominicales ilustradas de los diarios y la incorporación de los “monumentos y lugares” a los circuitos turísticos del Automóvil Club Argentino formaban parte de los “nuevos” medios a través de los cuales se realizaría la divulgación del plan para la educación histórica y social de la juventud y del pueblo<sup>48</sup>. Por otro lado, varias librerías y empresas editoriales habían asumido como parte de su abanico de ofertas la divulgación de las colecciones de revistas u obras científicas editadas por las universidades y museos. La arqueología, como parte del paisaje americano, fue incorporada como uno de los temas de la *Revista Geográfica Americana*, publicación profusamente ilustrada, donde se recogían notas sociales, derroteros de viajes y avances en la investigación, consultada y citada, asimismo, en las publicaciones “estrictamente” académicas. Dirigida por José Anesi (1881-1963)<sup>49</sup>, —uno de los socios activos que ingresaron en la Sociedad Argentina de Antropología en 1937 gracias a la reforma de sus esta-

<sup>47</sup> El Gobernador de La Pampa, Gral. de Brigada Miguel Duval; el Gobernador de Neuquén, Coronel Bartolomé Peri y el Gobernador de Río Negro, Coronel Rodolfo Lebrero.

<sup>48</sup> La visita a los monumentos arqueológicos aparece como tema escolar en el libro de lectura *Hogar y Patria* de Delfina Bunge de Gálvez (Podgorny, 1999a: 146).

<sup>49</sup> Anesi había nacido en Turín, en cuya universidad cursó estudios clásicos. Instalado desde 1910 en Buenos Aires como representante de empresas italianas, inauguró en 1918 su editorial cartográfica para la edición de atlas y mapas geográficos escolares, transferidos a la casa Peuser en 1945 (Petriella y Sosa Matiello, 1976). La RGA muestra sus buenos contactos con las empresas e instituciones italianas radicadas en el país.

tutos–, esta revista contaba con la colaboración de los distintos especialistas de los museos nacionales. Por su parte Anesi, un exitoso empresario del negocio editorial para el público escolar, supo organizar una empresa sobre la etnografía y la geografía: a través de él se comercializaban los tomos de las *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* y, bajo la dirección de Imbelloni, “Humanior, biblioteca del humanista moderno”<sup>50</sup>.

La Sociedad Argentina de Antropología intentaba asimismo incidir en la educación. En 1938 se modificaban los planes de estudio de los Colegios Nacionales, proponiendo en consecuencia, dar cursos sobre historia precolombina para los profesores de historia del secundario. Imbelloni, por su parte, comentaba la reforma y la inclusión de las teorías de Hrdlička, Ameghino y Rivet con términos distintos a los límites definidos por el Congreso de Historia de América (Imbelloni, 1939). En el reemplazo del tema “origen del hombre” por el “poblamiento primitivo de América”, Imbelloni veía “*un sano criterio programático, puesto que la primera cuestión no pertenecía al orden histórico, sino al antropológico puro, mientras que la segunda, como problema esencial de la Americanística, entra en el campo de la historia*”. La inclusión de otras teorías modificaba, para su beneficio, las líneas sostenidas hasta entonces por los normalistas, portavoces escolares de las teorías antropológicas de Ameghino.

Sobre el fin de la década el panorama no puede ser más diverso: por un lado, la falta de alumnos en las cátedras y la exclusión de la prehistoria del campo de los congresos de historia americana y de los monumentos que representan la historia argentina. Por otro, el fomento estatal de la arqueología, del folklore y de las investigaciones regionales a través de la educación y la Comisión Nacional de Cultura. Por último, un tema promovido como mercancía por distintas empresas de la cultura de las clases medias. La creación de la Sociedad Argentina de Antropología en 1936 representa estas tendencias: la voluntad de profesionalización condicionada por la falta de “profesionales” y la dependencia, para su subsistencia, de los numerosos “interesados” en estas ciencias. El surgimiento y la desaparición de la civilización chaco-santiagueña, así como las alfarerías del Leyes, enfrentaban a los profesionales con las paradójicas condiciones de su trabajo: la arqueología era un campo intervenido por los hombres de letras, la prensa, el público, el mercado y las múltiples instituciones del Estado pero con una legitimidad pública y científica permanentemente cuestionada. Excluida y aceptada por los historiadores, reclamada en parte por los geólogos, estrechamente ligada a la geografía, practicada por individuos de formación disímil, atravesada por debates que hasta 1930 seguían cuestionando la veracidad de la evidencia, el descontrol de las antigüedades arqueológicas

---

<sup>50</sup> Imbelloni (1936) publicaba el plan de “Humanior” en un suplemento de la RGA. Allí afirmaba haberlo pergeñado en 1931, definiéndolo, con un vocabulario que anudaba las dimensiones espaciales con las temporales, de la siguiente manera: “La biblioteca Humanior detendrá su marcha al llegar al territorio de la historia propiamente dicha, porque ese umbral representa el *terminus ad-quem* de su recorrido. A la inversa el *terminus a quo* es el más remoto posible y coincide con aquellos puntos del espacio temporal de donde nos han llegado los primeros restos o indicios”. Esta biblioteca publicó el *Eptome de Culturología* de Imbelloni, *Medicina Aborígen Americana* de R. Pardal; *Libro de las Atlántidas* de Imbelloni y Armando Vivante.

revela las dificultades asociadas al establecimiento de reglas para una disciplina estructurada en la fragilidad de las alianzas y las negociaciones del presente.

En la Argentina, el fomento estatal de disciplinas como la arqueología, esencialmente costosas, adquirió el ritmo esporádico propio del apoyo a los congresos internacionales, a la cultura del banquete y a los acontecimientos conmemorativos. El otro condicionante de la institucionalización de la arqueología en el período aquí analizado reside en la incapacidad de establecer una tradición heredable, ligada, quizás, al factor anterior, al mal carácter de algunos profesores tales como Outes y Ameghino, a la falta de canales claros para la integración de los egresados en la investigación y en el trabajo rentado, y a la supervivencia, en algunos casos, de los mecanismos de reemplazo y sucesión a través de las redes internacionales<sup>51</sup>. Aquello que en el siglo XIX parecía la condición indispensable para la fundación de una tradición científica local continuaba actuando gracias a la disponibilidad de científicos europeos y la posibilidad de provisión de empleos en las instituciones argentinas de la década de 1920. La actuación de Lehmann-Nitsche y del DWV en la década posterior a la Gran Guerra y el peso de las redes de profesores italianos en la Universidad del Litoral merecen un estudio detallado. Señalemos solamente que los trabajos folklóricos de Lehmann-Nitsche, su famosa biblioteca y su “cepa criolla” ocultan unas lealtades orientadas al fomento de la ciencia alemana y a la reconstrucción de la gloria internacional de su país<sup>52</sup>. La indudable articulación internacional de la mayoría de los actores de este capítulo corre paralela a la marcha de las instituciones argentinas basada, muchas veces, en la disponibilidad de los recursos personales de los profesores y de sus directivos y en el mecenazgo circunstancial de algunos políticos y empresas.

La década de 1930, por su parte, cobija el intento programado de intervención y de promoción de un conjunto de disciplinas y temas a través del establecimiento de la Comisión Nacional de Cultura. Pero sobre todo, la promoción y la consolidación de la arqueología tienen lugar subsidiariamente a la esfera estatal, cobrando un importante lugar en la industria del turismo, en el mundo editorial y en la promoción de las riquezas regionales ligados al consumo de bienes simbólicos por parte de distintos sectores de la clase media. Los arqueólogos profesionales supieron aprovecharse y entretrejer todos los espacios disponibles en las endeble posiciones académicas y en ese expansivo mercado nacional de productos “argentinos”.

---

<sup>51</sup> Sobre la reacción de los egresados universitarios de ciencias frente a la importación de profesores a fines de la década de 1920, cf. Podgorny, 1996.

<sup>52</sup> Lehmann-Nitsche, director de varias tesis de doctorado en antropología, no dejó sucesores locales a pesar de haber trabajado 33 años en la Argentina y haber sido profesor en Buenos Aires y La Plata. J. Dillenius, una de sus discípulas, de particular actuación en los congresos de 1910, abandonó su trabajo al casarse con su antiguo director. Lehmann-Nitsche, a diferencia de Boas que adoptó el inglés en su correspondencia oficial con sus compatriotas, mantuvo el alemán en la correspondencia remitida desde el Museo de La Plata a sus coterráneos de todo el mundo. Lehmann-Nitsche, como varios científicos alemanes radicados en la Argentina, intentó, repetidamente y sin éxito, reinsertarse en el prestigioso sistema universitario alemán. Regresó definitivamente a Berlín al jubilarse en la Argentina en 1930.

## AGRADECIMIENTOS:

A Máximo Farro, Andrea Pegoraro, Alejandra Pupio y Susana V. García por su ayuda en la búsqueda de parte de la bibliografía. A esta última y a Maribel Martínez Navarrete les agradezco los comentarios de los primeros borradores de este artículo, escrito como fruto de una beca de la *Fundación A. von Humboldt*, en la ciudad de Berlín.

## ABREVIATURAS

ANH: Academia Nacional de la Historia  
ASCA: Anales de la Sociedad Científica Argentina  
CCIA: Congreso Científico Internacional Americano  
CIA: Congreso Internacional de Americanistas  
CNC: Comisión Nacional de Cultura  
JHNA: Junta de Historia y Numismática Americana  
RGA: Revista Geográfica Americana  
RLN IAI: (Archivo) R. Lehmann-Nitsche Iberoamerikanisches Institut, Berlín.

## BIBLIOGRAFÍA

- AMBROSETTI, J. B. (1907): *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*, Universidad de Buenos Aires.
- (1910): "La question Calchaquie et les travaux de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université Buenos Aires". *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses Wien*. Hartlebens Verlag, Viena.
- (1929): "Actas de la Sesión CLXXI del 15 de noviembre de 1914". *BJHNA*, 6: 278.
- ANH (1938): *IIº Congreso Internacional de Historia de América* (Disertaciones, discursos, actas y resoluciones generales del Congreso). Buenos Aires.
- (1993): *La Academia Nacional de la Historia en su centenario (1893-1993)*. Buenos Aires. (1995): *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, 1 y 2. Buenos Aires.
- ARDISSONE R. (1937): "Pequeñas actividades económicas en las sierras cordobesas". *RGA* (47) 77-93.
- BALLENT, A. y GORELIK, A. (2001): "País urbano o país rural. La modernización territorial y su crisis". En A. Cattaruzza (director), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*: (143-200). Nueva Historia Argentina, 7. Sudamericana. Buenos Aires.
- BARBERO M. y DEVOTO F. (1983): *Los nacionalistas*. CEAL. Buenos Aires.
- BOMAN, E. (1908): *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama*. Imprimerie Nationale. Librairie Le Soudier. París.
- (1923): "Los ensayos de establecer una cronología prehispánica en la región diaguita". *Boletín de la ANH*, 6: 5.
- BUNZL, M. (1996): "Franz Boas and the Humboldtian tradition". En G. W. Stocking (ed.). *Volkgeist as Method and Ethic. Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition*: (43-52). HOA, 8. The University of Wisconsin Press. Madison.
- CANALES, P. (1912): "Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico". *Actas del XVII CIA*. Coni. Buenos Aires.
- CHIARAMONTE, J.C. y BUCHBINDER, P. (1994): "Die Institutionalisierung der Geschichte in Argentinien am Beispiel der Historische Akademie", en M. Riekenberg (Hrsg.) *Politik und Geschichte in Argentinien und Guatemala (19./20. Jahrhundert)*: (179-194). Diesterweg. Frankfurt/Main.
- CIA (1934): *Actas del XXV Congreso Internacional de Americanistas*. Universidad Nacional de La Plata.
- CNC (1936): *Su labor*. Buenos Aires
- (1937): *Su labor*. Buenos Aires.
- (1938): *Su labor*. Buenos Aires.
- (1939): *Su labor*. Buenos Aires.
- COMAS, J. (1974): *Cien Años de Congresos Internacionales de Americanistas. Ensayo Histórico-Crítico y Biblio-gráfico*. Instituto de Investigaciones Históricas y Antropológicas. UNAM. México.
- COYE, N. (1997): *La préhistoire en parole et en acte. Méthodes et enjeux de la pratique archéologique, 1830-1950*. LHarmattan. Paris.
- DAINO, L. (1979): "Exégesis histórica de los hallazgos arqueológicos de la costa atlántica bonaerense". *Prehistoria Bonaerense*: 93-195.
- DEBENEDETTI, S. (1912): "Excursión del XVIIº CIA a Bolivia y Perú (del Diario de Viaje)". *Actas del XVII CIA*, Coni. Buenos Aires: 627-676.
- DEVOTO, F. (comp.). (1993): *La historiografía argentina en el siglo XX*. CEAL. Buenos Aires.

- FRENGUELLI, J.(1934): “El problema de la antigüedad del hombre en la Argentina”. *Actas y Trabajos del XXV CIA*. Universidad Nacional de La Plata.
- (1935): “El problema del paleolítico en la Argentina”. *Investigación y progreso*, 9 (1).
- (s/f): “Falsificaciones de alfarerías indígenas en Arroyo de Leyes (Santa Fe)”, *Notas del MLP, Antropología*, 2, 5.
- FREUD, S. (1896): “Zur Ätiologie der Hysterie”. *Studienausgabe*, 6. Fischer Verlag. Frankfurt. 1980: 51-81.
- GARCÍA, L. (1912): “La raza indígena de América y la inmigración europea”. *Actas del XVII CIA*. Coni. Buenos Aires: 618-21.
- GARCÍA, S. & I. PODGORNÝ, I. (2000): “El sabio tiene una patria. La primera guerra mundial y la comunidad científica en la Argentina”, *Ciencia hoy*, 10 (55): 32-4.
- (2001): “Pedagogía y nacionalismo en la Argentina: lo internacional y lo local en la institucionalización de la enseñanza de la arqueología”. *Trabajos de Prehistoria* 58 (2): 1-18.
- GORELÍK, A. (2001): “Mapas de identidad. La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional: de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo”. *Prismas*, 5: 283-311.
- GRESLEBIN, H. (1934): “Sobre la antigüedad de la llamada civilización chaco-santiagueña”. *Actas y Trabajos del XXV CIA*. Universidad Nacional de La Plata.
- HEGER, F. (1912): “XVII Congreso Internacional de Americanistas. Sesión de Buenos Aires”. *Revista de Derecho, Historia y Letras*, 14 (41): 489
- HRDLÍČKA, A. (1924): “Discurso”. *Annaes do CIA*, Imprensa Nacional. Rio de Janeiro. Vol.1; LXXVIII-LXXIX.
- IMBELLONI, J. (1934): “Los autores de la cerámica de Llajta Mauca. Primeras noticias antropológicas sobre los antiguos civilizadores del Chaco santiagueño”. *Actas y Trabajos del XXV CIA*. Universidad Nacional de La Plata.
- (1936): “Humanior”. *RGA*, 3, 5, junio de 1936, apéndice.
- (1939): “El poblamiento primitivo de América”, *RGA*, 6, 12, (70), julio.
- KOHL P. y PÉREZ GOLLÁN, J. A. (2002): “Religion, Politics, and Prehistory: the life and writings of O. Menghin and their lingering legacy for culture-historical archaeology”. *Current Anthropology*, 43 (4): 561-86.
- LAFONE QUEVEDO, S. (1919): “Rasgos psicológicos de indios sudamericanos”, *RMLP*, 24: 63-81.
- LEHMANN-NITSCHKE, R. (1910): *Catálogo de la Sección Antropología del Museo de La Plata*. La Plata.
- LEVENE, R. (1934): “Prólogo” a A. Vierkandt *Filosofía de la sociedad y de la Historia*, UNLP. La Plata.
- (1942): *La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad*. Espasa Calpe. Buenos Aires.
- (1944): *Monumentos y lugares históricos de la República Argentina*. Advertencia de R. Levene. Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos. Buenos Aires.
- LINDEMANN, M. (1986): *Über “formale” Soziologie. Systematische Untersuchungen zum “soziologischen Relationismus” bei Georg Simmel, Alfred Vierkandt und Leopold von Wiese*. Bonn.
- LOPES, M.M. (2001): “Viajando pelo campo e pelas coleções: aspectos de uma controvérsia paleontológica”. *História, Ciência Saúde –Manguinhos*, 8: 881-897.
- LOZA, C. (2004): *Itinerarios de Max Uhle en el altiplano boliviano. Sus libretas de expedición e historia cultural (1894-1896)*. IAI. Berlín.
- LUCAS, G. (2001): *Critical Approaches to Fieldwork. Contemporary and Historical*

- Archaeological Practice*. Routledge. London and New York.
- MENDES CORRÊA, A.A. (1928): "Nouvelle hypothese sur le peuplement primitif de l'Amérique du Sud". *L'Anthropologie*, 38: 565-7.
- MENGHIN, O. (1931): *Weltgeschichte der Steinzeit*. Anton Schroll & Co. in Wien.
- Meyer, E. (ed.). (1958): "Carta de Schliemann a Sir A. (53), London 22d August 1879". *Heinrich Schliemann Briefwechsel*, Tomo 2. Gebr. Mann. Berlín.
- NOEL, M. (1938): "La arquitectura virreinal indoperuana". En: ANH, *IIº Congreso Internacional de Historia de América, Reunido en Buenos Aires en los días 5 al 14 de julio de 1937* 1, Buenos Aires: 57
- NORDENSKIÖLD, E. (1999): *The Cultural History of the South American Indians*. AMS Press. Nueva York.
- OUTES, F. (1931): "La reorganización del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras". *Solar*, 1:
- OUTES, F. & C. BRUCH, (1910): *Los aborígenes argentinos*. Estrada. Buenos Aires.
- PAGANO, N & M. GALANTE (1993): "La nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional, del Centenario a la década del 40". En DEVOTO, F. (comp.). (1993): *La historiografía argentina en el siglo XX*. CEAL. Buenos Aires: 45-78.
- PALAVECINO, E. (1939): "Con los indios Macca". *RGA*, 7 (noviembre): 74.
- PENNY, G. (2003): "The Politics of Anthropology in the Age of Empire: German Colonists, Brazilian Indians, and the Case of Alberto Vojtech Fric". *Comparative Studies in Society and History*, 45 (2), March.
- PETRIELLA, D. y SOSA MATIELLO, S. (1976): *Diccionario biográfico Italo-Argentino*. Asociación Dante Alighieri. Buenos Aires.
- PODGORNY, I. (1996): "Egresados del país: ¿es necesario reaccionar!". *Ciencia Hoy*, 6 (34): 60-4.
- (1997): "De la santidad laica del científico: Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna". *Entrepassados. Revista de Historia*, 13: 37-61.
- (1999a): *Arqueología de la Educación: Textos, Indicios, Monumentos. La Imagen del Indio en el Mundo Escolar*. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.
- (1999b): "De la antigüedad del hombre en el Plata a la distribución de las antigüedades en el mapa: Los criterios de organización de las colecciones antropológicas del Museo de La Plata entre 1890 y 1930". *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 6 (1): 81-100.
- (2000a): *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas, Coleccionistas, Museos y estudiosos en la Argentina entre 1880 y 1910*. Eudeba/Libros del Rojas. Buenos Aires.
- (2002b): "Ser todo y no ser nada. Paleontología y trabajo de campo entre los naturalistas argentinos de fines del Siglo XIX". En: R. GUBER y S. VISAKOVSKY (eds.), *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*: (31-77). Antropofagia. Buenos Aires.
- (2002c): "La clasificación de los restos arqueológicos en la Argentina, 1890-1940. Segunda parte". *Saber y Tiempo*, 4 (13): 5-26.
- PODGORNY, I. & M.M. LOPES (2004): *El Desierto en una vitrina*. UNAM. México.
- PODGORNY, I. & G. POLITIS (2000) "It is not all roses here. Alex Hrdlička's travelog and his trip to Argentina". *Revista de História de Arte y Arqueología*, 3: 95-105.
- QUATTROCCHI-WOISSON, D. (1992): *Un nationalisme de déracinés. L'Argentine pays malade de sa mémoire*. CNRS. Paris.
- (1995): "El revisionismo de los años 20 y 30. Rosistas y Revisionistas: ¿los rivales de la historia académica?". En ANH (1995): *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, 1. Buenos Aires.
- ORESQUES, N. (1988): "The rejection of conti-

- mental drift”, *Historical Studies in the Physical Sciences*, 18 (2): 311-348.
- POMPERT de VALENZUELA, M. (1995): “La Labor editorial de la Junta”. En ANH (1995): *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, 1. Buenos Aires.
- QUESADA, E. (1912): “Discurso”. *Actas del XVII CIA*. Coni. Buenos Aires: 81.
- RAVINA, A. (1995 a): “La fundación, el impulso mitrista y la definición de los rasgos institucionales. Bartolomé Mitre (1901-1906) y Enrique Peña (1906-1911)”. En ANH (1995): *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, 1. Buenos Aires.
- (1995 b) “Nuevos proyectos, nuevos miembros, nuevos tiempos. Enrique Peña (1911-1915) y José Marcó del Pont-Antonio Dellepiane (1915-1919)”. En ANH (1995): *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, 1. Buenos Aires.
- ROJAS, R. (1909): *La restauración nacionalista*. Imprenta de la Penitenciaría Nacional. Buenos Aires.
- SAA (1936): “El Estatuto”, *Relaciones de la SAA*, 1, 197.
- SCA (1910): *CCIA. Votos aprobados por el Congreso Científico, Sesión Plenaria*. Coni. Buenos Aires.
- (1935): “Noticiero”. ASCA, 121: 47-48.
- SPARN, E. (1934): “Las sociedades de antropología, etnología y prehistoria. Su cronología, diferenciación, número de miembros y distribución geográfica”. ASCA, 118: 274-287.
- UHLE, M. (1912): “Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina”. *Actas del XVII CIA*. Coni. Buenos Aires: 509-540.
- (1991): *Pachacamac. A reprint of the 1903 edition by Max Uhle and Pachacamac Archaeology: Retrospect and Prospect, and Introduction by Izumi Shimada*. The University Museum of Archaeology and Anthropology. University of Pennsylvania. Philadelphia.
- VILLAGRÁN, M. (1923): “Palabras del Rector”. *Inca, revista trimestral de estudios antropológicos*, órgano del Museo de Arqueología de la Universidad de San Marcos, 1: 1.
- WAGNER, E y D. (1934): *La civilización Chaco-Santiagoña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*. Compañía Impresora Argentina. Buenos Aires.
- WEGENER, A. (1996): *El origen de los continentes y océanos*. Círculo de Lectores. Madrid.
- W.W.A.A. (1939): “Segunda Reunión de Ciencias Naturales organizada por la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, Mendoza, 3 al 11 de abril de 1937”. *Physis. Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales*, 16.